

Lope de Vega
Los melindres de Belisa



selección doce uvas

RIALP

LOPE DEVEGA

LOS MELINDRES DE BELISA

Edición, prólogo y notas de Francisco Crosas

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Índice

Los melindres de Belisa

Índice

Prólogo

Comedia de los Melindres de Belisa de Lope de Vega Carpio

Dramatis personae

Jornada primera

Jornada segunda

Jornada tercera

Créditos

PRÓLOGO

Amigo lector (¡ojalá fueras espectador!), tienes en tus manos una brillante comedia de enredo del Fénix de los Ingenios; no de las más conocidas, pero divertida como pocas.

En el siglo XVII el espectáculo social por antonomasia era el teatro. Más concretamente, el teatro de corral, al que gente de todas las categorías acudía a divertirse y a aprender; del Rey abajo, todos.

Gustaba la tarde de fiesta, pues las comedias iban acompañadas de entremeses, jácaras y mojigangas. Gustaban los actores; los había muy buenos y apreciados. Gustaba, claro, el texto; y, entre muchos dramaturgos geniales, Lope, Calderón y Tirso se llevaban la palma.

La comedia cómica de capa y espada, como la que tienes ante tus ojos, funcionaba mediante una técnica llamada enredo: el público sabe en cada momento qué está sucediendo sobre las tablas, pero los personajes no, pues son víctima de continuos malentendidos causados por las suplantaciones, voluntarias o no, de identidades. En este sentido, el cuadro escénico de los enamorados diciendo a oscuras sus amores a la persona equivocada es en extremo divertido.

Porque al corral de comedias la gente iba a entretenerse. Claro que era una diversión exquisita, como comprobamos cuando leemos las ediciones de lo que se representó en el escenario.

Los melindres de Belisa se debió de representar hacia 1607; su primera edición, supervisada por Lope, en la *Novena parte de Comedias*, Madrid, 1617.

Disfruta de esta desenfadada comedia y no desprecies la sátira que contiene. No te la voy a explicar. Debes sacar tú tus propias conclusiones e identificar en la obra el *delectare* y el *prodesse*.

FRANCISCO CROSAS
Toledo, 16 de diciembre de 2016

COMEDIA DE [1] LOS MELINDRES DE BELISA DE LOPE DE VEGA CARPIO

[1] Texto tomado de *Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española*, tomo XII, Madrid, 1930, 649-687. Para la primera jornada, sigo el manuscrito autógrafo conservado en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander. Tengo a la vista las ediciones críticas de H. C. Barrau, Amsterdam, 1933, y la de Jorge León en la *Parte IX*, PROLOPE, Lleida, 2007. Modernizo mínimamente ortografía y morfología.

Dramatis personae

Tiberio

Celia

Lisarda

Felisardo

Eliso

Carrillo

Fabio

Don Juan

Un alguacil

Flora

Un escribano

Prudencio

Belisa

Cuatro lacayos

JORNADA PRIMERA

Tiberio y Lisarda

TIB. En fin, ¿se ha quitado el luto?

LIS. Ha más de un año la muerte
de su padre.

TIB. Desafortunadamente
podremos decir que es fruto
de la tristeza el contento.

LIS. No lo será para mí,
que tal marido perdí.

TIB. ¡Oh, qué inútil sentimiento!

LIS. ¿Inútil? Pues ¿no es razón
que llore su compañía
una mujer que tenía
tanto amor y obligación?
¿No sabes tú que aun las aves
dan ejemplo, pues que muda
una tórtola viuda
su canto en quejas suaves,
y no se vuelve a casar,
si una vez su esposo pierde,
ni se sienta en ramo verde?[2]

TIB. Pues ¿dónde se va a sentar?

LIS. En un espino, en un ramo
seco.

TIB. Desafortunadamente
como tortolillas son
las que deste nombre llamo;
que así Dios me dé salud
que pienso que se han sentado
sobre espino por estrado[3],
tal es su grande inquietud.

No paran en todo el día.

LIS. Eso no me toca a mí;
y es que jamás pretendí,
Tiberio, otra compañía.

TIB. Pues en verdad que pudieras,
que bien moza has enviudado
y con hacienda que ha dado
codicia, si tú quisieras,
a más de seis pretendientes.

LIS. ¿Con dos hijos?

TIB. Y con doce.

LIS. Mal tu pecho me conoce.

TIB. ¿Tú negarás lo que sientes?

LIS. ¿Qué es negar? Cien mil ducados
mi marido me dejó,
mas con dos hijos, que yo
pienso ver presto casados
y recogerme a la aldea
con una esclava[4] no más
y un escudero.

TIB. Pues das
En lo que es razón que sea,
¿cómo vas tan descuidada
en que se case Belisa?,
pues que ya su edad te avisa
y el ser de mil conquistada;
que don Juan, al fin, es hombre...

LIS. ¿Cómo puedo yo casar
a Belisa y dónde hallar
un hombre tan gentilhombre
y con partes[5] tan notables
como imaginadas tiene?

TIB. ¿En ese humor se entretiene?

LIS. Hay mujeres incasables,
que dan en ser tan curiosas[6],
que se las pasan las vidas
en andar desvanecidas
y a todo el mundo enfadosas.
Y tardando en escoger
lo mejor suelen pasar
y andan después a rogar[7].

TIB. Luego ¿piensas que ha de ser

Belisa desa manera?

LIS. Pues ¿ha hecho el cielo cosa
más cansada y melindrosa,
ni hombre que apetezca y quiera?
A codicia del dinero,
del entendimiento y talle,
es una lonja esta calle
del ginovés caballero[8],
del indiano portugués[9],
del papelista, el letrado[10],
el viejo rico, el soldado,
el lindo[11], aunque no lo es
ninguno dellos con ella;
a todos faltas les pone.

TIB. Pues Belisa me perdone,
que aunque es tan discreta y bella,
no se ha de desvanecer
en arrogancias injustas.

LIS. Tiberio, si hablarla gustas
y quieres darla a entender
esta locura en que ha dado,
hoy está hermosa y gallarda,
que ciertas vistas aguarda;
háblala.

TIB. Estoy enojado,
y a fe que se ha de casar
de mi mano, aunque no quiera.

LIS. Hoy cuatro novios espera;
no sé si le han de agradar.

TIB. ¿De cuatro en cuatro la piden?

LIS. Pica el dinero, Tiberio...

TIB. ¡Métase en un monasterio!

Sale Belisa y Flora, criada

FLO. Las celosías impiden
que no veas bien la calle,
pues dices que el del overo[12]
no era galán caballero,
bizarro y de lindo talle.

BEL. Flora, aquellas celosías[13]
los ojos me han afrentado.

FLO. ¿Cómo?

BEL. En las niñas me han dado
de palos.

FLO. ¡Qué niñerías!

BEL. Como los ojos llegué
a sus palos, ellos fueron
tales, que al fin me los dieron;
pero luego me vengué.

FLO. ¿De qué suerte?

BEL. Del estuche
saqué un cuchillo y los di
de puñaladas allí.

FLO. ¡Quién hay que tal gracia escuche!
¿Mataste la celosía?

BEL. Hice, a lo menos, lugar
por donde pude mirar
quién por la calle venía.
Mas presto vino el castigo,
pues en vez del caballero
pasó...

FLO. ¿Quién?

BEL. ¡Un aceitero!

FLO. ¿Y mirástele?

BEL. Eso digo:
que le miré y me manchó
el vestido.

FLO. Pues ¿podía,
tú detrás de celosía
y él en la calle?

BEL. ¿Pues no?
Mírame bien.

FLO. ¿De mirar
el que va aceite vendiendo
te has manchado?

BEL. Así lo entiendo;
vestido me puedes dar
y éste harás luego vender.

FLO. Mira que muy limpio está.

BEL. Necia, ¿no te he dicho ya
que daño me suele hacer
quererme contradecir?
¡Jesús, qué fiero accidente[14]!

FLO. ¿Cómo?

BEL. Este pulso, esta frente...
Mira, estoy para morir.
¡Qué terrible calentura!

FLO. No pienso contradecirte
en mi vida, que servirte
mi amor y lealtad procura.
De rodillas te suplico
me perdones.

BEL. Ya cesó
la calentura.

FLO. ¿Quedó
calor alguno?

BEL. Tantico;
pero ya se va aplacando.

FLO. Tu madre y tu tío...

BEL. ¡Ay, Dios!
¿A dos me nombras?

FLO. Los dos
te están sirviendo y amando.

BEL. Tráeme luego la labor,
no me vean tan ociosa.

FLO. ¿Quieres las randas[15]?

BEL. Es cosa
cansada, aunque es de primor;
y entre tantos majaderos[16]
hay uno que me ha quebrado
las manos. ¡Ay, que me han dado,
Flora, dolores tan fieros
que no los puedo sufrir!

FLO. Mira que aún no te he traído
la almohadilla[17].

BEL. ¿No has oído
que no has de contradecir?
Tráeme una banda[18] al momento
en que descanse la mano.

LIS. Persuadilla será en vano.

TIB. ¿Tan grande imposible intento?
¡Sobrina!

BEL. ¡Señor!

TIB. A fe
que sales del luto hermosa.

BEL. A lo menos deseosa

de servirte.

TIB. Bien se ve
que andas de boda.

LIS. ¡Hola[19], Flora!,
sillas y dos almohadas[20].

FLO. La banda es esta.

BEL. Pesadas
hacen las tocas agora.
Toma allá, que puede darme
más cansancio que provecho.

FLO. Sillas hay aquí.

BEL. Sospecho
que vienes a predicarme.

TIB. Pues ya, si oírme procuras,
toma almohada.

FLO. Yo voy
por ella.

TIB. Tu padre soy.

BEL. No la traigas de verduras[21];
que ayer, de sentarme en ella,
mal de estómago me dio.

TIB. ¿Lo verde te resfrió?

BEL. Mátanme las hierbas della.

FLO. Aquí tienes almohada.

TIB. Siéntate, Lisarda, aquí;
tú, sobrina, junto a mí.

BEL. ¡Oh cuánto el sentarme enfada
entre borlas de colores!

TIB. La causa esperando estoy...

BEL. Porque presumo que estoy
sentada en cuatro doctores[22].

TIB. ¿Cómo va de casamientos?

BEL. Mal, tío, nadie me agrada.

TIB. ¿Qué es lo que dellos te ofende?

BEL. Tener mil faltas.

TIB. ¿Qué faltas?

BEL. Un letrado me traían
calvo.

TIB. ¿Qué importa la calva?

BEL. Cuando yo fuera mujer
espiritual y santa,
y para vencer la carne

–gran enemigo del alma–
quisiera una calavera
tener de noche en la cama,
lindamente me venía
un hombre al lado con calva.

LIS. Era muy rico.

BEL. Ya quise
asir la ocasión; estaba
sin copete por la frente
y volviome las espaldas[23].

LIS. ¿Por qué dejaste al maestro
de campo?

BEL. ¿No es casi nada
faltar un ojo?

LIS. ¿Qué importa?,
pues se le pone de plata.

BEL. Yo te diré la ocasión.

LIS. Dila.

BEL. Si este hombre jurara,
“como a mis ojos te quiero”,
y le costaba el de plata
dos reales, en otros tantos
mi amor y vida estimaba.
Fuera deso, no podía
llamarle “mis ojos”.

LIS. ¡Calla!

BEL. Pues llamarle yo “mi ojo”
era ser negra[24].

TIB. ¡Oh, qué gracia!

LIS. ¿Qué dirás del portugués?

BEL. Que en el pecho y las espaldas
se ha de poner el cilicio[25].

LIS. No te entiendo.

BEL. Aquellas barbas
negras, cerdosas y espesas
era ponerme en la cara,
y aun en la boca, un cilicio
y en la lengua una mordaza.

LIS. ¿Y aquel caballero rico
de aquel lugar de la Mancha?

BEL. Tenía grandes los pies.

LIS. ¿Esa es falta de importancia?

BEL. No, madre, que sobra era,
y temí, si se enojaba,
que era sepultarme en losa,
cubrirme de una patada.
Vile algo negras las uñas,
y no pretendo en mi caza
cernícalo de uñas negras[26].

LIS. ¿Y no las tenía blancas
el caballero francés?

BEL. No quiero yo ser *madama*
ni llamar *mosiur* mi esposo.

LIS. Pues dime: ¿en qué hallaste falta
en don Luis, mozo y galán,
cuyos pechos esmaltaba
un lagarto de Santiago?

BEL. ¡Calla, madre, que me espantas!
¿No dicen que las mujeres
a sus maridos abrazan?
Con un lagarto en el pecho,
en mi vida le abrazara.

TIB. Sobrina, llámase así
aquella cruz colorada,
que es espada y no es lagarto.

BEL. Bastaba la semejanza
para matarme de miedo.
¡Jesús!

TIB. Mas, ¿que te desmayas?
Pues, sobrina, si ninguno
te agrada, y la edad se pasa
como la flor, tiempo viene,
a quien le tiene y le aguarda,
en que después se arrepiente.

LIS. ¿Llaman?

FLO. Sí.

LIS. Mira quién llama.

Un Alguacil y un Escribano

ALG. Siempre entramos sin licencia.

TIB. Siempre la tienen las varas[27].

ALG. Los términos han pasado;
mira si quieres, Lisarda,
que saque prendas a Eliso[28].

TIB. ¿Con Eliso en pleito andas?

LIS. No hay remedio de cobrar
los dos mil ducados.

TIB. Basta,
que olvida su obligación
y como a mujer te trata.

LIS. Un año habrá que murió
mi marido y que no acaba
de pagarme; y si he callado
es por la amistad pasada
y la que tiene de nuevo
con don Juan, mi hijo.

TIB. Vayan
y sáquenle prendas.

ALG. Vamos,
que no está lejos su casa.

Váyanse

TIB. Yo también me quiero ir.

LIS. Belisa está desmayada.

TIB. ¿Qué tienes?

BEL. Imaginé,
como le vi con la vara,
que me sacara los ojos.

TIB. Ojos no, mas prendas sacan.

FLO. Cuatro novios por lo menos
aguardan.

LIS. ¿Dónde?

FLO. En la sala.

LIS. ¿Quién son?

FLO. Fabricio.

BEL. Ya he visto
a Fabricio.

TIB. ¿En qué te cansa
Fabricio?

BEL. En barba y cabeza
tiene ciertas moscas blancas[29],
y cuando ya hay tantas moscas,
es que el verano se acaba.

FLO. El otro es médico.

BEL. ¡Lindo!
Con médico siempre en casa

pensaré que estoy enferma;
frío me da de cuartanas[30],
tiemblo: ti, ti, ti, ¡Jesús!
¡Hola!, llévame a la cama.

TIB. Si no fuera mi sobrina,
le diera dos bofetadas.

LIS. No lo oiga, triste de mí.
Vamos a misa, muchacha,
y despídanse esos novios.

TIB. ¿Dónde irás tan de mañana?

LIS. A San Jerónimo iré[31].

BEL. ¡Ay, no madre!

LIS. ¿Por qué causa?

BEL. Tiene a los pies un león
que siempre que entro me espanta[32];
y una vez, madre, no dudes
que ha de saltarme a la cara.

LIS. Pues no nos pongan el coche,
que a San Miguel a pie basta.

BEL. ¿Y no es nada el de los pies
junto al peso de las almas[33]?

TIB. ¡No vendré a verte en mi vida!

FLO. Los novios, señora, aguardan.

BEL. ¡Jesús, y qué alteración!
¡Hola!, dame un vidrio[34] de agua.

Eliso y Fabio, criado

FAB. Intenta, por tu vida, el casamiento,
que es rica, bien nacida y muy hermosa.

ELI. Belisa tiene extraño pensamiento
en no agradarse de ninguna cosa;
cada día en la Corte hay nuevo cuento[35]
desta dama cansada y enfadosa,
porque son sus melindres postres[36] y antes
alivio de cansados caminantes.
Verdad es que mil cosas le levantan
costumbre de los cuentos, que, en efeto,
van creciendo contados; que adelantan
todos cuantos los cuentan un conceto.
Todos los hombres dice que la espantan;
ni ella le quiere necio ni discreto;
si es alto, porque sobra de lo justo;

si es bajo, porque falta.

FAB. ¡Lindo gusto!

ELI. Un hombre desechó porque tenía
un lunar en la cara, y por bermejo
a un caballero.

FAB. Mas razón tenía.

ELI. ¿Por qué?

FAB. Por lo que dicen del pellejo[37].

ELI. Mirando un novio muy galán un día,
dijo, viéndole limpio como espejo:
“Más que dormir con este mentecato,
quiero comer, que es bueno para plato”.

FAB. En Alcorcón pudiera hacer Belisa
un desposado, que es famoso el barro[38].

ELI. Así le tuvo Eva. Burla y risa
hace del más galán, del más bizarro.

Entre con la espada desnuda Felisardo

FEL. ¿Está aquí Eliso?

ELI. ¡Oh, Felisardo!

FEL. Aprisa,
que a un caballero...

ELI. ¿Qué decís?

FEL. navarro
pienso que he muerto acompañando a Celia,
que venía del Prado[39] con Aurelia.
Salieron de mañana a pasearse;
salí, siguiolas este caballero,
volvieron, y él detrás y sin quitarse
de paso a fuente, a lo de bravo y fiero.
Llegaron las criadas a enfadarse;
que no lo estaba yo poco primero.
Hablele, respondió, vino derecho,
mirele, alzó, metime[40], ya está hecho.
Huyeron las mujeres, di la mano
a Celia, y queda...

ELI. ¿Dónde?

FEL. A vuestra puerta.

ELI. Metedla presto.

FEL. ¡Celia, Celia!

CELIA ¡Hermano!

FEL. Aquí estarás segura y encubierta.

CELIA ¿Pues dónde vas?
FEL. Al Carmen[41].
CELIA Es en vano
quedar aquí sin ti menos que muerta.
Si no hay peligro aquí, ¿por qué te alejas?
Y si aquí no[42] le hay, ¿por qué me dejas?
ELI. Bien dice. Cierra, Fabio, nuestra puerta,
que a más peligro vais por tantas calles.
FABIO Yo voy.
ELI. Aquí estará Celia encubierta,
y tú, mientras remedio busques o halles.
CELIA Bien dice, mientras algo se concierta,
que dos mancebos de gallardos talles
que me vieron venir no dirán nada.
ELI. No temas, que no harán, si es gente honrada.

Fabio vuelve

FABIO ¡Gran desdicha!
ELI. ¿Qué dices?
FABIO Que aun apenas
cerraba las dos puertas de la calle,
cuando veo que llega la Justicia.
Llamaron, y yo haciendo que no oía,
cerré para decíroslo.
FEL. ¿Qué haremos?
ELI. Esta casa no tiene parte oculta,
ni menos de salir ventana o puerta.
FABIO Señor, bien estarán en mi aposento.
ELISO En caso de buscar hombre por muerte,
no dejarán rincón que no le miren,
y mucho más no habiendo abierto luego[43].
CELIA ¡Ay, triste yo!
ELI. No os aflijáis, señora.
Intentemos siquiera alguna industria.
Yo tenía en mi casa dos esclavos:
Pedro, que a los caballos asistía,
porque era ya cristiano bautizado[44],
y Zara, una esclavilla granadina.
Los dos podéis fingiros, porque entrambos
están en la heredad. Tú, Felisardo,
ve a la caballeriza, y en la cuerda
que atraviesa de la una a la otra parte

hallarás el vestido que las fiestas
el esclavo se pone; y tú, señora,
en la cocina el que se pone Zara.
Tú toma el almohaza[45], tú los platos,
y no seréis de nadie conocidos.

FEL. Yo voy

CELIA Y yo a lo mismo.

FAB. Ya nos quiebran
la puerta.

ELI. Antes me espanto de la flema
con que llaman, buscando un delincuente.
Baja y di que yo estaba en mi escritorio
en papeles y cuentas ocupado,
y que nadie hasta agora los ha oído.
Y detente en hablar lo que pudieres
por que tengan lugar para vestirse.

FAB. Yo voy, y quiera el cielo que suceda
tan felizmente que burlados queden.

ELI. Por su desdicha conocerlos pueden.

Váyase Fabio

Tirano amor, cuya opinión temática
nos muestra bien la librería histórica;
escura ciencia en lengua metafórica
de la Esfinge de Tebas enigmática[46].
Dichoso el que se queda en tu gramática
y no llega a tu lógica y retórica[47];
pues el que sabe más de tu teórica
menos lo muestra en tu experiencia práctica.
Pues igualas, Amor, en tu matrícula
los sabios y los bárbaros salvájicos,
el mar y el fuego, el hielo y la canícula,
yo seré Ulises a tus cantos mágicos[48],
pues solo vemos en tu acción ridícula
principios dulces para fines trágicos[49].

Entren Alguacil y Escribano y Fabio

ALG. Pudiera Vuesa Merced[50]
tener estilo debido
a quien es.

ELI. No lo he sabido,
y que le tengo creed.

Cuentas de hacienda intrincada
divierten[51], y yo no soy
portero en mi casa.

ALG. Estoy,
por ser de una casa honrada,
dos horas a vuestra puerta
y sale vuestro criado
muy dormido y enfadado.

ELI. La bestia agora despierta,
que no sale más temprano
de la cama, y por mi vida
que este descuido no impida
el estilo cortesano
digno de quien sois. Decid,
¿qué es lo que mandáis?

ALG. Muy bien;
eso diréis que también
es estilo de Madrid[52].
¿No os acordáis que se os hizo
por Lisarda ejecución?

ELI. ¡Ah!, sí... tenéis gran razón.
En fin, ¿no le satisfizo
ningún concierto?

ALG. Pasó
la oposición, como veis;
ningún término tenéis,
porque todo se cumplió.
Prendas os vengo a sacar[53].

ELI. No tengo qué responder;
Lisarda lo puede hacer.

ESC. Licencia nos podéis dar.

ELI. Entrad, que Fabio os dará
mi plata y tapicería.
Y si falta, que podría,
satisfacción se os dará
con otras prendas.

ESC. Muy bien;
vamos.

Éntrense con Fabio

ELI. Yo estaba engañado.
Basta que siendo el buscado

y el perseguido también,
pensé que era Felisardo.
Mas bien es que estén así,
por si los conoce aquí,
que mi deuda presto aguardo
remediarla con dinero
que espero en fin de este mes.
Tomé el consejo después
que fuera mejor primero.
Porque si hubiera pedido
a Belisa por mujer,
pienso que pudiera ser
de sus melindres marido[54].
Que toda mi cobardía
nació de su condición.
Entrar quiero, que es razón
a ver esta hacienda mía;
que tiempo habrá de pedir
a Belisa y de trocar
la deuda en deudo[55] y pagar
con el mismo recibir,
que es la hacienda poderosa;
pero bien es menester
para sufrir y tener
una mujer melindrosa.

Éntrense y salgan Lisarda y Belisa y Flora

LIS. Este hombre es un pincel,

¿por qué no te ha de agradar?

BEL. Cuando te quieras casar,

elige uno como él,

que a mí no me satisfizo.

LIS. ¿Por qué?

BEL. Porque allí contó

una pendencia y mostró...

LIS. ¿Qué mostró?

BEL. ¡Un puño postizo!

LIS. ¿Eso importa?

BEL. Hombre que a mí,

señora, me ha de querer,

¿postizo le ha de traer?

Y cuando le traiga así,

¿ha de ser tan descuidado
que por hacerse valiente
se le caiga, cuando cuente
las cuchilladas que ha dado
con el puño de la espada
el puño de la camisa?

LIS. Esos melindres, Belisa,
me tienen ya muy cansada.
No sé a quién te has parecido
que yo no fui melindrosa.

BEL. El ser yo limpia y curiosa
¿por melindres has tenido?

LIS. Pues dime que no lo fue
no querer al caballero
toledano.

BEL. Darte espero
la razón.

LIS. Yo no la sé.

BEL. Tenía grandes los ojos,
y algo el mirar espantado.
Si así mira enamorado,
¿qué hará después con enojos?
Muy bien despedido va,
que vi la figura en él
del rey don Pedro el Crüel[56],
que en Santo Domingo está.

LIS. ¿Y el que anteayer te ofrecí?

BEL. ¡Ay, Jesús!

LIS. ¡No te alborotes!

BEL. Muy caídos los bigotes
sobre la boca le vi.
Imaginé que sería
o perro de agua o salvaje[57],
o que estaba algún potaje
sorbiendo por celosía.
Bien tiene, si come leche,
con que poderla colar.

LIS. Pues ¿quién te ha de contentar?

FLO. ¡Un marido en escabeche!

El Alguacil y el Escribano

ESC. Hízose todo muy bien.
ALG. Bien se ha hecho.
LIS. ¿De qué modo?
ALG. Depositado está todo,
y pídemme que te den
dos prendas vivas a ti,
que por fuerza le saqué.
LIS. ¿Prendas vivas?
ALG. Por mi fe,
que en toda mi vida vi
dos tan gallardos esclavos.
LIS. Hasme hecho gran placer.
ALG. El uno es mujer.
LIS. ¿Mujer
herrada[58]?
ALG. No tiene clavos,
pero puédelos poner
en cualquiera libertad.
¡Hola, Pedro y Zara! Entrad.
LIS. Bizarros, no hay más que ver.

Entren Felisardo de esclavo y Celia

ALG. Yo los saqué porque creo
que un gran servicio te hago.
LIS. Darele carta de pago,
tal gracia en los moros veo,
de los dos mil, y aun a ti
albricias[59] por que los dé.
ALG. Eso es mucho; mas yo sé
que lo hará por ti y por mí,
y que en caso de vendellos
gustará de hacerte gusto.
LIS. Cualquiera precio es muy justo,
aunque muy grande, por ellos.
ALG. Yo tengo que hacer. El Cielo
te guarde.
LIS. Veme después;
que tuya esta casa es.
ALG. Que no tendremos, recelo,
necesidad de vender
prendas.
LIS. Así lo imagino.

ALG. Adiós.

FEL. ¡Qué extraño camino
de desdicha, aunque ha de ser
para más remedio mío!
Que en aqueste traje y casa,
mientras esta furia pasa,
estar guardado confío.
Pero ¿cuándo historia alguna
de cuantas ha visto el mundo
dio capítulo segundo
al libro de la Fortuna?
¿Hay suceso más gallardo
que un hombre que hoy en Madrid
era más noble que el Cid
y más libre que Bernardo[60],
se vea esclavo y sacado
por prenda de ejecución,
no con mayor dilación
que lo que habemos tardado
en vestimos Celia y yo,
sin Morato, sin Jafer,[61]
y sin poder responder
a estos hombres sí ni no?
Yo estoy como loco aquí;
no sé en qué podré parar.

CELIA. Si me pudiera quejar,
Cielo contrario, de ti,
por el traje en que me veo,
pues él me diera licencia,
perdiera aquella paciencia
que ya te pido y deseo.
No puedo de mí quejarme,
pues lo que me ha sucedido,
engaño y no culpa ha sido.
Mas ¿qué podrá resultarme?
¿Qué daño puede venirme?
Todo es servir ocho días.

BEL. Bien dices, y tú podrías
hablarle.

LIS. Si él está firme
yo le haré con el dinero
que los deje, aunque no quiera.

¡Esclavo...!

FEL. Señora...

LIS. Espera...

FEL. ¿Qué he de esperar si esto espero?

LIS. ¿Tu nombre?

FEL. Pedro me llamo.

LIS. ¿Cristiano?

FEL. Sí, por la gracia
de Dios, aunque por desgracia
mía te tengo por amo.

LIS. ¿Pésate de estar aquí?

FEL. No, porque más me pesara,
si allá en la cárcel pagara
lo que no te debo a ti[62].

LIS. ¿De dónde eres?

FEL. De Granada;
aunque en Madrid he nacido
de esclava, que hubiera sido
reina, a no ser desdichada.
El hijo de Carlos Quinto,
don Juan de Austria, cautivó
a mi madre y nací yo,
de la Alpujarra distinto,
donde ella fue natural,
y un caballero español,
limpio y galán como el sol.

LIS. ¡Qué lástima! ¿Hay cosa igual?
¿Y tú, esclava?

CEL. Yo me llamo
Zara, y bautizarme quiero.
Soy de Orán, y estarlo espero
si vuelvo a ver a mi amo,
antes, señora, de un mes.

BEL. Y aquí también, si tú quieres.
Por cierto, hermosas mujeres
tiene Orán.

LIS. Esta lo es.
Flora, muestra la cocina
a Zara y lo que ha de hacer.
Tú puedes venir a ver
cierto novio.

BEL. ¡Qué mohína!

Váyanse las dos

FLO. Ea, Zara, ven conmigo.
Tú, Pedro, visitarás
la caballeriza.

FEL. ¿Hay más
esclavos?

FLO. No.

FEL. No lo digo
por no servir.

FLO. Un lacayo
del hijo de mi señora
cura de su coche agora
los caballos, y a él un bayo.

FEL. ¿Hijo tiene?

FLO. Y muy galán.

FEL. ¿Anda fuera?

FLO. Está en la cama.

Ronda de noche una dama
y no madruga don Juan.

Las doce le dan en ella
los más días. Tú tendrás
dueño, si en su casa estás,
hermano desta doncella,
que es ángel en condición,
y yo te regalaré;

que tu talle obliga, a fe,
y buena conversación.

De todo tengo las llaves.

¿Bebes vino? ¿Comes, di,
tocino[63]?

FEL. Pienso que sí,
porque nací donde sabes;
si no es que se me ha olvidado
desde anoche que cené.

FLO. ¡Oh, qué regalos te haré!

CEL. Si has de ser tan regalado
alaba, Pedro a los Cielos...

FEL. Oye, Celia.

CEL. No hay oír.

FEL. Todo lo podré sufrir,
pero no sufrir tus celos.

Don Juan con una ropa, desabrochado, poniéndose los botones, y Carrillo, lacayo

D. JUAN ¿Ensilaste?

CARRI. Ya lo está;
 pero es hora de comer.

D. JUAN ¿Habrá misa?

CARRI. Misa habrá.

D. JUAN ¡Qué cansado vine ayer!

CARRI. Con razón te cansas ya.

D. JUAN En pidiéndome dinero,
 luego me desmayo y muero[64].

CARRI. Muchos escriben remedios
 de amor, poniendo por medios
 la ausencia por más ligero,
 a quien se sigue el olvido.
 Otros, los libros, la caza,
 el pleito, el entretenido
 juego. Y todos dando traza
 de divertir el sentido.
 Cual con las hechicerías
 quiere librarse de amor.
 Cual con mayores porfías,
 en otro gusto, señor,
 pasa sus melancolías.
 Plinio dijo que se echase
 un amador -¡qué molestia!-
 adonde se revolcase
 una mula, y que una bestia
 así a otra bestia imitase.
 Mas esto fue por mostrar
 que era una bestia quien ama,
 no porque puede quitar
 de aquella bestia la cama
 esta enfermedad de amar.
 Mas yo digo que el pedir
 es el remedio de amor.

D. JUAN ¿Dónde has oído decir
 eso de Plinio?

CARRI. Señor,
 hanse dado a traducir
 tantos hombres que carecen
 de ingenio, que ya sabemos

los tontos lo que encarecen
los sabios, y merecemos
los nombres que ellos merecen.
Yo le tengo traducido,
y aun a Horacio y a Lucano.

D. JUAN ¿Esos hombres has leído?

CARRI. Pues si están en castellano,
¿qué dificultad ha sido?
Ya mi alazán latiniza.
Allá están.

D. JUAN Huélgome al fin,
que estos que el mundo eterniza,
buscan a Horacio en latín,
y está en la caballeriza.
¡Que un lacayo te ha leído,
divino Horacio!

CARRI. Yo he sido,
mas en verdad que me espanto
de que tú te estimes tanto
por el latín aprendido.
Porque de cuantos es vista
con la capa y con la espada
tu persona latinista,
siempre en libros ocupada,
dicen que eres romancista[65].

D. JUAN Luego ¿el ingenio y la ciencia
son los bonetes y grados
por Sigüenza y por Valencia?

CARRI. En los vulgos engañados
consiste la diferencia.
¿Espada?, luego idiotismo;
¿bonete?, luego letrado.

D. JUAN ¡Qué gracioso silogismo!

CARRI. Ya está en el vulgo asentado.

D. JUAN ¡Oh, qué cansado hispanismo!
Lipso[66] con capa y espada
fama inmortal tiene y goza.
Persona fue celebrada
don Íñigo de Mendoza[67],
que ha dejado a España honrada.
Mil ejemplos te trujera
con que el vulgo me entendiera,

si aquí con el vulgo hablara.

CARRI. ¿Haste de lavar la cara?

D. JUAN Llama a Flora.

CARRI. Un poco espera.

Váyase el lacayo

D. JUAN Ciencia es saber, que con ingenio y arte
alcanza un hombre, no manteo y bonete;
que si toda en los hábitos se mete,
tendrán las mulas en la ciencia parte.
César siguió con alta espada a Marte;
sus comentarios no ha cubierto el Lete[68];
que quien tiene dos veces treinta y siete,
¿quién le quita que de uno se descarte?[69]
Yo he visto a Cicerón con un sombrero,
y a Jenofonte armado: ¡letras santas,
bien os puede tener un caballero!
¡Oh tú, que por los ojos te adelantas!
Si Apolo tiene pluma y Marte acero,
junta a los dos en experiencias tantas.

Entre con un jarro y un plato Celia, y Flora con una toalla

CEL. Aquí tienes agua y plato.

FLO. Toalla tienes aquí.

D. JUAN Flora...

FLO. ¿De qué es el recato?

D. JUAN Nunca esta criada vi.

¿Vos servís? ¡Oh, tiempo ingrato!

FLO. Mejor, señor, lo dirás
cuando sepas que es esclava.

D. JUAN ¿Esclava, Flora? ¿Eso más?

FLO. En casa de Eliso estaba.

¿Nunca la viste?

D. JUAN Jamás.

FLO. En prendas que le han sacado
de una deuda la han traído.

D. JUAN Solo el habernos pagado
con ella, disculpa ha sido
del haberle ejecutado.

¡Bella esclava!

CEL. Desdichada
diréis mejor, hasta agora

que os sirvo.

D. JUAN ¡Qué bien pagada
deuda! Echad agua, señora.

FLO. ¿Tanto la esclava te agrada?

D. JUAN ¿Has visto alguna en tu vida
más hermosa? Echad más agua.
Echad más, si sois servida,
por que se temple la fragua
de vuestro fuego encendida.
¿Hay tales ojos?

CEL. Pudieran
dar agua si aquí faltara.

D. JUAN ¿Qué manos la merecieran?
Mas si el alma se lavara
más a propósito fueran.
Dame esa toalla, Flora,
aunque no podrá limpiar
lo que deja impreso agora
esclava que puede honrar
la más principal señora.
Id por el cuello.

CEL. Yo iré.

D. JUAN Ve, Flora, a dárselo.

FLO. Voy.

D. JUAN No vuelvas acá.

FLO. No haré.

Váyanse las dos

D. JUAN Con gusto de verla estoy;
algo a solas le diré.
Nunca esta esclava le vi
a Eliso. Sin duda creo
que él la guardaba de mí,
porque el ajeno deseo
debió de juzgar por sí.
¡Oh, cuánto lo habrá sentido,
si acaso la tiene amor!
Desdicha notable ha sido.

Celia con un cuello en un tabaque o salva

CEL. Aquí está el cuello, señor.

D. JUAN Y aquí, señora, el rendido.

Ese es cuello que ponello
podéis por argolla en mí,
aunque bastaba un cabello;
y este el cuello que os rendí.

CEL. ¿Burlaisos? Poneos el cuello.

Póngasele

D. JUAN No fuera yerro el asiento,
pero ya por vos le siento.
Hierros en las trenzas hay.

CEL. Yo pensé que era cambray.

D. JUAN ¡Qué engañado pensamiento!

CEL. Y si vuestros hierros son
trenzas, con facilidad
podréis romper la prisión.

D. JUAN Prisión de la voluntad
está en la imaginación.
No acierto a atarme la trenza.
Ponédmela vos, llegad.
Llegad, no tengáis vergüenza;
atadme la libertad,
que a ser tan vuestra comienza.
Llegad, ataréis el cuello.

CEL. Porque el serviros obliga
lo haré, pues os sirvo en ello.
Pero ¿quién habrá que os diga,
aunque yo acierte a ponello,
si está el cuello bien o mal?
Voy por espejo.

D. JUAN Eso no,
porque no habrá espejo igual
como ese rostro, en que yo
miro tan limpio cristal.
Retrátenme vuestras bellas
niñas, que bien puedo en ellas
decir que en el sol me vi.
Atad.

CEL. ¿No está bien así?

D. JUAN A vuestras claras estrellas
se lo quiero preguntar.

Entre Felisardo

FEL. ¡Bueno es aquesto, por Dios!
 Si aquí pudiera cortar,
 tanto montara en los dos
 cortar como desatar.

D. JUAN ¿Quién está ahí?

FEL. Yo, señor.

D. JUAN Pues ¿quién eres?

FEL. Un esclavo

 que hoy te sirve por favor
 de la Fortuna, que alabo
 por conocer tu valor.
 Fui de Eliso, y ya soy tuyo...
 Mas ni soy tuyo ni suyo,
 ni sé a quién he de servir,
 tanto que puedo decir:
 "Esclavo soy, pero ¿cúyo?"
 Por prenda vine a tu hacienda
 de una ejecución; mas ya
 a tanto pasa otra prenda
 que conmigo en prenda está,
 que puede ser que te prenda.
 Mi amo esta esclava amó;
 vi que a tu pecho llegó,
 y no es bien que a ti se junte,
 pero aunque me lo pregunte
 eso no lo diré yo.

D. JUAN Buen talle de esclavo tienes,
 y leal me has parecido,
 pues que tan celoso vienes.

FEL. Zara, buen principio ha sido.
 Bien tu desdicha entretienes.

CEL. ¿Tú me riñes?

FEL. ¿Por qué no?

 Señor me mandó que yo
 te riñese, y puedo hacello;
 pues hago en reñirte aquello
 que cuyo soy me mandó.

D. JUAN No la riñas, por mi vida,
 esclavo, que no es culpada.
 Y en tanto que aquí resida,
 aunque es de Eliso comprada,
 haz cuenta que fue vendida.

Yo soy su dueño.

FEL. Y yo, ¿cúyo?

D. JUAN Mío también.

FEL. Ya soy tuyo,
mas debo temer, señor,
de mi primer poseedor
que no diga que soy suyo.
Zara estuviera más bien
en la cocina que aquí.

CEL. Y tú curando también
tus caballos.

FEL. Por ti a mí
en sus pesebres me ven.

CEL. Y a mí por ti entre los platos,
sin que me regale Flora.
¡Villano, ejemplo de ingratos!

D. JUAN No haya más, por Dios, agora,
que los dos sois dos retratos
de hidalga y noble lealtad.
Servid alegres, creed
que os tengo gran voluntad,
y que os he de hacer merced.

FEL. Si Zara trata verdad,
yo la tendré en lo que es justo.

D. JUAN A misa voy, que es muy tarde.

Váyase don Juan

FEL. Presto mudaste de gusto.

CEL. ¿Sientes, así Dios te guarde,
de veras este disgusto?

FEL. ¿Soy piedra yo? ¿Soy diamante
o soy amante? ¿Soy fiera
o soy hombre? ¿Soy hidalgo
o soy la misma bajeza?
¿Tú, dos mil leguas de un hombre,
cuánto más, ¡quién lo creyera!
la distancia que se pudo
dividir con una trenza?
¿Tú, dando lazos y nudos
al cuello de otra cabeza
que la mía, para hacerlos
en mi garganta de cuerda?

¡Ay, Celia bella!
Ni fe en la mar, ni en la mujer firmeza.
¡Tú, recién venida aquí
para ser última prueba
de amor en tan gran desdicha
que merece fama eterna,
en los brazos...!

CEL. ¿En qué brazos?

FEL. Déjame, no me detengas.

CEL. Pues ¿es bien tratar en burlas
en tiempo de tantas veras?
Vuelve y mira donde estamos,
pues en nuestra misma tierra
tú eres esclavo y yo esclava;
que si de mi honor recelas,
ofensa tuya es locura,
y para mi honor la ofensa.
Por ti, Felisardo mío,
soy esclava, tus quimeras
me trujeron a servir.
Si sirvo, ¿de qué te quejas?
Salí con otra criada
a dar agua a quien quisiera
dar veneno. Es hombre y mozo,
díjome palabras tiernas,
que es la ocasión ligera,
pólvora el hombre y la mujer centella.
Mandó que trujese el cuello,
truje el cuello, até las trenzas,
hízome espejo, fui espejo...

FEL. ¿Y eso no quieres que sienta?

CEL. No, porque luego que entraste,
como era vidro y se quiebra,
cesó el espejo.

FEL. Mejor
dieras, Celia, por respuesta
que la mujer es espejo,
y que del dueño en ausencia
hace la misma lisonja
a cualquier rostro que llega.

CEL. Deja esos celos injustos,
deja, por mis ojos, deja

en tanto mal niñerías.

FEL. Siento, Celia, que lo sean,
que si tú en las niñas tuyas
retratas prendas ajenas,
niñerías son que pueden
hacer gigantes ofensas.
Mas, porque en tales desdichas
no es bien que hablemos en quejas,
dime, mi bien, ¿qué he de hacer
en las muchas que nos quedan?
¿Quieres, dime, que esta noche
nos vamos donde no sea
la Fortuna poderosa
a hacernos burlas como estas?
¿Quieres que de aquí te saque?

CEL. Sabe Dios si lo quisiera;
pero ponemos a Eliso
en notable contingencia.
Que como estamos en nombre
de esclavos, que diga es fuerza
Lisarda que él nos esconde,
o nos buscarán por ella.
Mejor es que mientras pasa
la furia, aquí te entretengas,
que para estar escondidos
ninguna casa como esta.
Fuera desto, de mis padres
seré buscada, y apenas
saldré en mi traje a la calle
cuando conocida sea.
Y para mí, ¿qué más gloria
que estar adonde merezca
el nombre de esclava tuya?

FEL. Bien, señora, me aconsejas.
Allí he visto los criados
que están poniendo la mesa.
Vete, Celia, a la cocina,
que puede ser que nos vean.

CEL. Yo pondré en una toalla,
si acaso hurtarle me dejan,
algún regalo que comas.
Pero no... que se me acuerda

que Flora lo hará mejor.
 FEL. Nunca te he visto tan necia.
 CEL. Quien ama, teme...
 FEL. Quien ama
 cree...
 CEL. ¿Qué quieres que crea?
 FEL. Que te adoro, mi Celia,
 que las desdichas crecen las firmezas.

[2] Motivo folclórico: la tórtola viuda, no admite nunca más compañía, se sienta sobre una rama seca y enturbia el agua antes de beberla.

[3] Estrado: tarima de la sala de estar dedicada a las mujeres, donde se sientan sobre cojines.

[4] Aquí la acepción de esclavo se acerca más a la de criado. Aunque existe entonces un cierto tipo de esclavitud (el trato que se da a Zara y Pedro en la comedia resulta ya anacrónico), el papel de los esclavos es el de sirvientes para los menesteres más elementales.

[5] Se refiere tanto a las prendas físicas y morales como a su hacienda y posición social.

[6] Curiosas: aquí, remilgadas, exigentes y puntillosas.

[7] Acuden a la intercesión de los santos para obtener un marido. El santo más invocado a este propósito ha sido y sigue siendo san Antonio de Padua.

[8] La tradición literaria áurea el genovés se distingue por su riqueza y su codicia.

[9] Portugués que se ha enriquecido en las Indias occidentales y, a su vuelta a la Península, vive de las rentas acumuladas.

[10] Papelista: aquí, probablemente, burócrata de la Corte, hombre de papeles, equivalente a nuestro ‘funcionario’; letrado: jurista, hombre de leyes, figura abundante en la Corte.

[11] Lindo: personaje masculino de la comedia áurea, de tintes ridículos, que se caracteriza por su afectación y su excesivo cuidado del arreglo personal.

[12] Caballo color canela.

[13] Celosía: enrejado de madera que permite ver el exterior sin ser visto.

[14] Aquí, enfermedad, repente, soponcio.

[15] Randas: encajes de bolillos, puntillas.

[16] Majadero: bolillo, cada uno de los palitroques en los que se enrollan los hilos con que se elabora el encaje.

[17] Se refiere al mundillo en que se prende con alfileres el patrón del encaje de bolillos y sobre el que se trabaja.

[18] Pieza de tela.

[19] No es saludo familiar sino forma de llamar la atención de los criados antes de darles una orden.

[20] La silla para Tiberio, sobre el suelo, y las almohadas para Belisa y su madre, sobre el estrado o tarima donde estaban Belisa y Flora.

[21] Aquí, motivos decorativos vegetales. Se juega con la dilogía.

[22] Alusión al birrete o tocado del traje académico (aún vigente hoy día) de los doctores, que llevan la borla del color de su disciplina.

[23] La Ocasión: motivo mitológico, habitual en los libros de emblemas, representado por una mujer desnuda, sobre una rueda y con un solo mechón de pelo en la frente. Sólo si se la ase por él cuando viene, uno la aprovecha.

[24] Alusión al “lenguaje de negros”, habitual en la literatura áurea, y que se caracteriza, entre otras cosas, por la elisión sistemática de la sibilante final en los plurales.

[25] Cilicio: instrumento de penitencia, ya en forma de cadenilla de hierro, con púas, ya de piel de cabra o tela basta que se aplica sobre la piel.

[26] Se juega con el motivo del ave de cetrería (tipo de caza propio de la nobleza), el color de sus garras y la suciedad de quien no lleva limpiadas las uñas.

[27] La vara de mando es el atributo del administrador de justicia y del gobernante.

[28] Eliso, deudor de Lisarda, va a sufrir un embargo por no haber satisfecho la deuda en el término legal establecido.

[29] Canas. El motivo del viejo que busca esposa joven es muy fecundo en la literatura de todos los tiempos.

- [30] Fiebres palúdicas que se reproducen regularmente, cada cuatro días.
- [31] Monasterio de San Jerónimo el Real, del que hoy permanece sólo el templo. Entonces estaba a las afueras de Madrid, por lo que se alude al coche.
- [32] El león domesticado es uno de los motivos indispensables en las representaciones de San Jerónimo penitente, en el desierto de Judea.
- [33] Se refiere al diablo, que acecha a las almas que están siendo juzgadas por Dios y que son representadas iconográficamente por figuras en los platillos de una balanza que sostiene el Arcángel.
- [34] No es errata. “Vidro”, por vidrio, vaso.
- [35] La Corte es el lugar por antonomasia del chisme y la habladuría.
- [36] Melindre como dulce y como capricho; y postre como plato de un almuerzo y como “posterior”.
- [37] Alusión a la mala fama de los pelirrojos, de cuya condición era, según tradición apócrifa popular, Judas.
- [38] Juego verbal con el motivo bíblico del barro con que Dios hizo a Adán, y la arcilla de Alcorcón, buena para alfarería, y con el barro que en pequeñas dosis comían las damas de la época para palidecer la tez y parecer así, según el canon de belleza de entonces, más hermosas.
- [39] Lugar de recreo a las afueras de Madrid, sobre donde hoy se encuentra la célebre Pinacoteca que lleva su nombre.
- [40] Le hirió con la espada.
- [41] Convento carmelita situado en el centro de Madrid, en la calle que aún lleva su nombre y cuyo templo sigue en uso, junto a la Puerta del Sol. Felisardo pretende acogerse a sagrado para huir de la Justicia, que no podía allanar los templos y conventos.
- [42] Parecería sobrar la negación, pero se lee así en el autógrafo y lo pide la métrica.
- [43] Aquí no significa “después” sino “inmediatamente”.
- [44] El cuidado de los caballos no era tarea despreciable.
- [45] Almohaza: cepillo con púas de metal para limpiar los caballos.
- [46] Con la que acabó Edipo, al resolver su célebre acertijo.
- [47] Las tres disciplinas del *Trivium* que, con el *Quadrivium* (Geometría, Aritmética, Música y Astronomía), constituyó durante siglos lo que nosotros llamamos ahora bachillerato. Es decir, dichoso el que no pasa de las primeras letras en el arte de amar.
- [48] Alusión a la estratagema por la que Ulises, en la *Odisea*, pudo escuchar el canto de las sirenas sin sucumbir a su fatal atractivo.
- [49] El uso de la rima esdrújula es aquí un elemento cómico, adecuado a la condición de Eliso, amante fingido y oportunista, que pretende hallarse a salvo de los tiros de Amor.
- [50] Tratamiento de respeto, debido a alguien cuya superioridad en la escala social se reconoce. Pide el uso de la tercera persona del singular.
- [51] En la lengua del Siglo de Oro “divertir” equivale a distraer, apartar de.
- [52] El alguacil le reprocha la falta de cortesía tanto en el retraso a la hora de abrir como a la hora de pagar las deudas.
- [53] Viene a ejecutar el embargo y llevarse prendas por valor de los dos mil ducados que adeuda. Celia y Felisardo, esclavos fingidos, formarán parte de ese lote de prendas.
- [54] Eliso, amigo de la familia, pretende a Belisa en matrimonio por su cuantiosa dote. Será mejor recibida su demanda si la hace una vez satisfecha la deuda.
- [55] Juego de palabras: deudo es pariente cercano.
- [56] Último rey de la dinastía de los Condes de Castilla, asesinado por su hermanastro Enrique II Trastámara. Es rey de infeliz memoria, muy maltratado por las crónicas, que le atribuyen el asesinato de su esposa.
- [57] El salvaje es figura mitológico-folclórica, frecuente en la iconografía heráldica. Se caracteriza por su abundante pilosidad.
- [58] Alude al castigo infligido a los esclavos marcándolos con hierros candentes (clavos). Va a ser motivo dinámico a lo largo de la comedia.
- [59] Albricias: recompensa al mensajero que trae buenas noticias.
- [60] El Cid y Bernardo del Carpio, héroes de la épica medieval castellana.
- [61] Nombres moros que aparecen en otros textos de Lope y de la época, atribuidos a piratas berberiscos, de lo que fueron víctimas tantos cristianos, como Miguel de Cervantes. Alude a lo absurdo de la situación de verse de pronto “convertidos” en esclavos moros.
- [62] Obviamente, lo que viene tras el “no” es pronunciado en *aparte*, recurso muy apto para el enredo, frequentísimo en esta comedia y en todas las áureas.
- [63] Flora quiere comprobar que Pedro es un morisco verdaderamente converso y que, por tanto, vence la repugnancia religiosa y cultural de los musulmanes hacia estos alimentos.
- [64] La figura de la *pidona*, mujer que exprime a su pretendiente pidiéndole dinero, regalos y fruslerías, tiene gran fortuna en la literatura satírica del momento.

[65] Se ironiza con el tópico de armas *versus* letras, cruzándolo con el de latinistas *versus* romancistas (que no entienden latín y necesitan acceder a los clásicos en traducción). Don Juan es caballero y estudiante.

[66] Justo Lipsio (1547-1606), célebre humanista de Flandes.

[67] D. Íñigo López de Mendoza, poeta, primer Marqués de Santillana.

[68] César es puesto como modelo de hombre completo, que junta en él armas y letras. Lete es el río mitológico del olvido.

[69] Probable alusión a un juego de cartas que desconozco.

JORNADA SEGUNDA

Salen Belisa y Flora

FLO. ¿En qué tiene que parar tanta tristeza y disgusto?

BEL. Ya, Flora, todo mi gusto se ha convertido en llorar. Ya mis melindres cesaron, ya mi arrogancia paró, el Cielo me castigó, y los hombres se vengaron. Tenme lástima, que estoy para matarme.

FLO: No diga tal tu entendimiento.

BEL. Amiga, por pasos tan tristes voy que es imposible vivir, porque en tanta desventura es el callar mi locura determinarme a morir. ¿Qué tardo? ¿En qué me detengo que no doy fin a mi vida?

FLO. ¿Tú de ti misma homicida?

BEL. A darme la muerte vengo, Flora, con tanta ocasión, que cuando en lo que la fundo venga a conocer el mundo, dirán que tengo razón. Yo he de matarme. Tú, Flora, después de muerta, podrás mirar mi pecho, y verás la causa que callo agora.

Porque escrita en un papel,
como el que muere por bando[70],
la llevaré al pecho cuando
me mate yerro o cordel.
Pensando estoy, triste vida,
vuestro fin: si con espada,
quedaré muy desangrada,
mal puesta y descolorida.
Si en cordel, quedaré fea,
la lengua gruesa y torcida
la boca, que sin herida
no hay muerte que tierna sea.
Con veneno, me pondré
negra y hinchada. Sangrada
es muerte a Séneca hurtada[71]:
dulcemente moriré,
que será cosa famosa
morir en filosofía,
y de muerte de sangría
quedaré limpia y hermosa.
¡Ea, llámame un barbero!
Diré que quiero sangrarme,
y después podré quitarme
la venda hasta el fin postrero.
Ve, Flora, veme por él.

FLO. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

BEL. Matarme tengo...

FLO. ¡Ay de mí!

BEL. Si tardas, con un cordel,
o alguna encendida brasa,
como Porcia...[72]

FLO. Si lealtad,
si amor, si tratar verdad,
si haber nacido en tu casa
pueden merecer saber
la causa de tus enojos,
ellos y mis tristes ojos
te obliguen.

BEL. No puede ser.

FLO. Pues si no, juntemos vidas
y acábenos una muerte.

BEL. Si te obligas que una suerte

nos iguale en dos heridas,
aquí te diré mi mal.

FLO. Yo te lo prometo.

BEL. Escucha,
verás que la causa es mucha
y a mi desventura igual.
En Madrid nacida,
Flora, como sabes,
por regalo y gusto
de mis ricos padres,
me crié en sus brazos
con amores tales
que aún hablaba en niña
pudiendo casarme.
Llovían las Indias
Indias orientales,
adonde tenía
mi padre dos males
en su casa y cofre:
perlas y diamantes,
plata para gastos
y oro para engastes.
Con esto y quererme,
gastaban gran parte
en mis nuevas galas,
en mis ricos trajes.
Que don Juan en fin,
como era estudiante,
no gastaba en libros,
lacayos y pajes
lo que yo en espejos,
pastillas y guantes[73].
Con estas locuras
fui tan arrogante
que nunca pudieron
casarme mis padres.
Treinta mil ducados
que en parte me caben
desta gruesa hacienda,
más que no mis partes[74],
obligan los hombres
que por muchas nacen,

a venir a verme,
verme y conquistarme.
Yo con locura
de hacienda tan grande,
y quizá engañada
de mi ingenio y talle,
he dado en melindres,
en melindres tales
que fui de la Corte
fábula notable.
Di en decir un tiempo
que tenía de carne
las manos y el rostro,
lo demás de imagen,
que, cual ves, las visten,
sólo por el talle,
sin piernas y cuerpo,
con bultos iguales.
Di en no ir a misa
donde hubiese el Ángel
que venciendo pintan
sierpes infernales.
Viendo a San Cristóbal
forma de gigante,
me dieron mil veces
desmayos mortales.
Jamás en la pila,
aunque con los guantes,
tomé agua bendita,
temiendo anegarme.
Nunca salí fuera
que el aire sonase,
y si me cogía
el aire en la calle,
daba dos mil gritos:
”¡que me lleva el aire!”
Nunca he visto toros,
de miedo que salten,
aunque yo tuviese
mil rejas delante.
La puente de piedra,
con ser Manzanares

río tan pequeño,
no hay orden que pase.
Para entrar en coche
mil reliquias hacen
escolta a mi cuerpo,
cruces y señales.
No comí en mi vida
ciruelas de fraile,
porque dicen muchos
que en el cuerpo nacen.
Caracoles, menos,
porque nunca barren
en su aposentico
sus necesidades.
Jamás consentí
que me tome el sastre
medida a vestido,
por que no me abrace.
Nunca el zapatero
lo que calzo sabe;
zapatos de un punto
y de dos me hace,
y hasta dieciséis,
por que no se alaben
que saben mis puntos
curiosos galanes[75].
No quise en mi vida
jugar a los naipes,
porque la espadilla[76]
me hiela la sangre.
Mas, ¿por qué te digo
las cosas que sabes
y que no es posible
que mi lengua baste?
Yo, en efeto, Flora,
con melindres tales
desechando a tantos
caballeros graves,
ricos, gentilhombres,
nobles, principales,
con hábitos muchos[77],
muchos con bastantes

cargos en la guerra
y oficios reales,
poniendo mil faltas
a cuantos me salen,
no sé si lo diga
antes que me mate,
por que no me afrenten
desatinos tales...
pero ya que es fuerza,
¿de qué estoy cobarde?
¡Un esclavo adoro!,
prenda que a mi madre
trujo un alguacil;
¡Dios se lo demande!
No es de burlas, Flora.
Yo quise guardarme,
diligencias hice,
pero poco valen
en estas prisiones.
El amor, alcalde[78],
castiga con muerte
resistencias tales.
Ni duermo, ni como,
ni sé qué se traen
estos pensamientos
y dificultades.
Yo, que burla hice,
de hombres semejantes,
quiero un esclavillo.
Mas no diga nadie:
”desta agua no bebo”,
que los tiempos hacen
humillar soberbias,
subir humildades;
truecan los melindres
en sucesos graves,
enriquecen chicos,
empobrecen grandes.
¡Mal haya quien hizo
leyes desiguales!
Que lo peque el gusto
y el honor lo pague.

FLO. ¿Qué podré yo responderte?

Corrido mi gusto vi
de lo que pasa por ti;
que callo por no ofenderte[79].
Pero no puedo negarte
que ha sido extraña locura.

BEL. ¿Deja de ser la hermosura
hermosura en cualquier parte?

¿Dejará de ser diamante
el que lo nació en la mina,
porque esté en la mano indina
o porque le cubra el guante?
Mas a la cuenta, si a ti
lo que a mí te sucedió,
no quiero culparte yo
para desculparme a mí.

Lo que haré será matarme.

FLO Mejor es buscar remedio.

BEL. Pues ¿hay sin la muerte medio
con que poder remediarme?

FLO. Echarle de casa luego.

BEL. Hale cobrado afición
mi madre, y la privación
podrá acrecentar mi fuego.

FLO. Pues hazle herrar o azotar,
aféale de manera
que le aborrezcas.

BEL. ¿Qué fiera
puede aborrecer y amar?

FLO. Piensa que a esa esclava adora,
si desamartelan[80] celos.

BEL. No han hecho salsa los Cielos
de amor como celos, Flora.

FLO. Pues algo has de hacer.

BEL. Morir.

FLO. Mira el alma.

BEL. Esa razón
sola vence la pasión
con que desprecio el vivir.
Quiero tomar tu consejo
y hacer a este esclavo herrar,
como quien quiere quebrar,

por no mirarse, el espejo.

FLO. Tu madre.

BEL. Apártate allí.

Salen Eliso y Lisarda

LIS. No tienes qué replicarme;
los esclavos has de darme,
aunque vienes contra mí.

ELI. Tras haberme ejecutado,
¿me quitas con tal disgusto
en lo que tengo mi gusto?

LIS. Eres caballero honrado
y te obliga el ser mujer.

ELI. Yo tengo que te pedir,
y así te quiero servir
con hacerte este placer.
Pero advierte que son tres
los esclavos que te doy.

LIS. ¿Cómo?

ELI. Porque yo lo soy,
y el cómo sabrás después.

LIS. Si es acaso pensamiento
de casarte con Belisa,
ya su condición te avisa.

ELI. Sé que un imposible intento;
pero tú lo tratarás
con ella a solas.

LIS. Sí haré.
Por allí estaba y se fue.

ELI. Háblala en esto, no más,
pues sabes mi nacimiento,
porque en aquesta ocasión
saques en la ejecución
las prendas del casamiento.

LIS. Ya Pedro y Zara son míos.
A hablar a Belisa voy.

Vase Lisarda

ELI. Dispuesto a sufrir estoy
sus notables desvaríos.

Sale Felisardo de esclavo

FEL. Eliso del alma mía.

ELI. Mi querido Felisardo,
¿cómo va?

FEL. Tu vista aguardo
como las aves al día,
en esta oscura prisión.

ELI. ¿Prisión con Celia?

FEL. Es verdad,
mas no tengo libertad
de decille una razón.
¿Qué hay por allá de la herida?
¿No podré salir de aquí?
¿Murmúrase que yo fui?

ELI. Aún tiene el hidalgo vida,
pero está muy peligroso.
No salgas de donde estás,
porque a peligro pondrás
la tuya.

FEL. ¡Caso espantoso!

ELI. Este es el mejor sagrado.

FEL. ¿Buscan a Celia?

ELI. También.

¿Cómo le va a Celia?

FEL. Bien,
aunque con algún cuidado
de una criada que aquí
se pierde por regalarme.

ELI. ¿Celos?

FEL. Hoy quiso matarme.
Si me ven contigo así
daremos que sospechar.

ELI. ¿Sales de casa?

FEL. Muy poco.

ELI. Adiós.

Vase Eliso y sale Lisarda

LIS. Si yo te provoco,
Belisa, a tanto pesar
no hayas miedo que en mi vida
te trate de casamiento.
¡Pedro!

FEL. Señora...

LIS. Mi intento,

que voluntad conocida
no te parezca deseo,
de esclavo haberte comprado...

FEL. ¿Comprado me has?

LIS. Hoy te ha dado

Eliso y hoy te poseo.

¿No te lo dijo?

FEL. Temió

mi sentimiento, que es justo.

LIS. ¿No estás conmigo con gusto?

FEL. Muy grande le tengo yo

de servirte, mas Eliso

es, en fin, dueño primero.

LIS. Mal pagas lo que te quiero.

FEL. De que agradezco te aviso

la merced y el gran favor

que me has hecho.

LIS. Más me debes

que piensas.

FEL. Palabras breves

son las señales de amor.

LIS. Yo te quiero como a mí.

FEL. Mil veces beso tus pies.

Sale Celia

LIS. ¿Es esta Zara?

FEL. Ella es.

LIS. Zara, ¿qué quieres aquí?

CEL. A Pedro vengo a llamar;

don Juan, mi señor, le llama.

LIS. Id presto.

CEL. ¿También mi ama

te comienza a regalar?

FEL. ¿Otros celos?

CEL. Pues, ¿qué quieres,

si tú me das la ocasión?

LIS. Bueno, ¿aquí conversación?

FEL. ¡Oh, Celia!, qué extraña eres.

CEL. A Pedro le pregunté

si hoy enseñarme quería

la oración del otro día.

LIS. ¿No la sabes?

CEL. No la sé.

LIS. Flora te puede enseñar.
Vete, perra, a la cocina.

CEL. Esta también se le inclina,
mas yo me sabré pagar.

Vase Celia

LIS. ¿Qué pensamientos son éstos
que de un esclavo me han dado?
Ni es decente mi cuidado,
ni ellos parecen honestos.
Agrádame con extremo
su talle, su lengua y cara.
¡Qué liviandad! ¡Amor, para,
tente!, que perderme temo.

Sale Belisa

BEL. Sabiendo que Pedro es tuyo
y que le compraste a Eliso,
vengo a darte cierto aviso.

LIS. Será algún melindre tuyo...

BEL. Dícenme que es fugitivo.
Hoy has de mandar herralle.

LIS: ¿Herrar, Belisa, aquel talle?

BEL. ¿Qué importa? ¿No es de un cautivo?

LIS. Tengo lástima a la cara;
no merece hierro en ella.

BEL. ¿Parécete a ti muy bella?

LIS. —Mucho el alma se declara—
¿Qué me puede parecer
de un esclavo?

BEL. Pues consiente
herrarle.

LIS. Es inconveniente
para volverle a vender,
como quien hace tapices
con sus armas.

BEL. Perderás
el esclavo.

LIS. ¿Importa más
que herrarle, como tú dices?
Haz melindre, por tu vida,

de herrar una buena cara.

BEL: Si en no darme gusto para
en cosa que yo te pida,
el aborrecerme a mí
por querer a tu don Juan,
presto tus ojos dirán
si como don Juan nací.
Ábreme, Flora, esa cama.
Ve presto, llama el barbero,
sángreme luego, hoy me muero.
¡Hola! Al físico me llama.
Presto verás si hoy acabo
vida que tengo por ti,
si es mejor perderme a mí
que herrar la cara a un esclavo.

Vase Belisa

LIS. ¿Hay tan extraña mudanza?
Quien de ver dar una voz
llamaba delito atroz,
¿tanto atrevimiento alcanza,
que quiere herrar el más bello
esclavo que el mundo vio?
O la condición trocó
o es interesada en ello.
¿Hay tal locura y crueldad?

Sale Tiberio

TIB. Aunque el ver desmayos tales
no son indicios mortales,
mueven, Lisarda, a piedad.
No he visto jamás tan muerta
a Belisa. ¿Qué ha tenido?

LIS. Una necedad ha sido,
que de su humor desconcierta.
Ha dado en que se ha de herrar
Pedro.

TIB. Pues ¿es vuestro esclavo?

LIS. Aún de comprarle no acabo,
y ¿ya tengo de mostrar
tan gran crueldad con él?

TIB. Ya sabéis su condición;

pero porque no es razón
hacer acto tan crüel,
fingir podéis que le herráis;
que con un clavo fingido
habréis con los dos cumplido,
pues a ninguno agraviáis.
Que también es cosa fuerte
darla tanta pesadumbre,
si es de vuestros ojos lumbre.

LIS. Pues ¿puédense hacer de suerte
que parezcan verdaderos?

TIB. Con mucha facilidad.

LIS. ¡Que a cualquiera liviandad
me ha de hacer Belisa fieros[81]!
Ahora bien, quede a tu cuenta
fingir los hierros.

TIB. Sí haré,
por que esta loca no dé
en hacernos una afrenta.
Él viene. ¡Oh, Pedro!

Sale Felisardo

FEL. ¡Oh, señor!

TIB. ¿Cómo va en la nueva casa?

FEL. Bien, gracias a Dios, se pasa.
Todos me tienen amor.

TIB. De Lisarda yo lo juro,
pero de Belisa no,
pues te manda herrar, y yo
por su gusto lo procuro,
aunque me pesa en extremo.

FEL. ¡Cómo!, ¿herrarme? ¡Vive Dios
que si lo intentáis los dos,
siendo yo leal, que temo
que os quite a entrambos la vida!

TIB. Lo mismo manda a la esclava.

FEL. Aquí la invención se acaba.
Yo soy, yo soy homicida
del navarro caballero.
Venid, que escondido estoy.

TIB. ¿Qué dices?

FEL. Que el hombre soy

que con el desnudo acero
di la muerte a aquel hidalgo.

TIB. Loco le vuelve el pesar
de herrarle. No te han de errar...

FEL. Esperad, que luego salgo
donde aventure la vida.

TIB. Mira que por darla gusto,
e impedir tanto disgusto,
será la letra fingida.
Que a los dos quiero pintar
los clavos con una tinta
que luego se quite.

FEL. Pinta
lo que se pueda borrar,
y llámame esclavo tuyo.

TIB. Aguárdame, Pedro, aquí.

Váyase Tiberio y sale Celia

CEL. ¿Fuese ya Tiberio?

FEL. Sí.

CEL. ¿Qué hay de Lisarda?

FEL. Que huyo,
por tu gusto de Lisarda.

CEL. ¿Y de Belisa?

FEL. Una cosa
bien nueva y dificultosa.

CEL. Dímelas de presto.

FEL. Aguarda.
La desdicha que nos sigue
nos confirma por esclavos.

CEL. ¿Cómo?

FEL. Que hoy nos ponen clavos.

CEL. Pues ¿qué puede haber que obligue
a tal desatino?

FEL. Haber
dado en aquesto Belisa.

CEL. De quien eres los avisa.

FEL. Ya no será menester,
porque con clavos fingidos
nos han de herrar a los dos,
y viémenos bien, por Dios,
para no ser conocidos;

que Eliso me dijo aquí
que nos andan a buscar.

CEL. Si acertamos en errar,
de veras me hierre a mí
quien por ti pusiere clavos
a un rostro que ya los tiene
en el alma de quien viene
la estampa.

Salen don Juan y Carrillo

D. JUAN ¡Que estos esclavos
no se han de apartar jamás!

CARR. Son letra y tilde, son nombre
y firma.

D. JUAN Él es gentilhombre.

CARR. Y aun es discreto.

D. JUAN ¿Eso más?

CARR. Holgaríaste de hablalle.

D. JUAN Sí, mas no me puedo holgar
de verle con Zara hablar,
si es discreto y de buen talle.

FEL. Pues aquí nadie nos ve,
bien me puedes abrazar.

Abrázanse

CEL. Siempre te has de anticipar
a mis deseos.

D. JUAN ¿Qué fue?

CARR. Que se abrazaron los dos,
me parece, en castellano.

D. JUAN ¿Por qué la abrazas, villano?

CEL. ¿Vionos don Juan?

FEL. Sí, por Dios.

D. JUAN Tú, en casa tan principal,
perro, ¿haces esto?

FEL. Señor,
si piensas que esto es amor,
el tuyo lo piensa mal.
Que porque me dijo aquí
que bautizarse quería,
lo que a cristiano debía
hice en abrazarla así.

Si bajar pudiera el Cielo
sospecho que la abrazara;
pues lo que el Cielo intentara
disculpa tiene en el suelo.

D. JUAN Vete a la caballeriza,
perro...

FEL. Perdona, señor,
ser yo cristiano, ¿es error?

CARR. La palabra atemoriza.
Hola, Pedro.

FEL. ¿Qué me quieres?

CARR. Ser cristiano es gran bondad;
pero es mucha cristiandad
abrazar a las mujeres.

Vete, y advierte que aquí
las esclavas no se abrazan.

FEL. Y si amo y lacayo trazan
gozarlas, ¿úsase?

CARR. Sí.

FEL. ¿Sí?, pues espérate un poco.

CARR. Algo ha de hacer este perro.

Vase Felisardo

D. JUAN Advierte, Zara, que es yerro
volverme a desprecios loco.

CEL. ¿Puedo, si no soy cristiana,
quererte?

D. JUAN Dame tu fe
en teniéndola[82].

CEL. Sí haré,
pero no he de ser liviana.

D. JUAN Pues ¿qué es lo que harás por mí?

CEL. Ser tu mujer.

D. JUAN Es deshonra
de un caballero.

CEL. Y ¿es honra
mía que me rinda a ti?

D. JUAN Eres esclava.

CEL. Tú fueras
lo mismo a estar en Argel.

D. JUAN En el tuyo estoy.

CEL. Si en él,

como dices, estuvieras,
no tuvieras libertad
para quitarme el honor.

D. JUAN A mí obligame el amor.

CEL Y a mí, sangre y lealtad;
que soy allá más honrada
que tú aquí.

D. JUAN Detente, espera.

CEL. Es el vencerme quimera,
menos que estando casada.

Váyase Celia

CARR. Cerrose.

D. JUAN Pensando estoy
que si esta es noble en su tierra,
en lo que dice no yerra.
Allá fue lo que aquí soy.

Sale Lisarda

CARR. Tu madre.

LIS. Aun de burlas es
cosa que me da pesar
hacer a los dos errar.
¿Es don Juan?

D. JUAN Dame esos pies.

LIS. Hoy, ¿qué has hecho?

D. JUAN Salí un poco
al Prado.

LIS. ¿Tú estás aquí?

CARR. Mucho te espantas de mí.

LIS. ¿No quieres que espante un loco?

D. JUAN Deja a Carrillo, Señora,
que tengo que hablarte.

LIS. Di.

CARR. Nunca tan Carrillo fui
en tus manos como agora.

D. JUAN Este esclavo que tienes en tu casa,
es más galán que esclavo; falta es esta
más que el vino, que amor su furia vence;
y más que el ser ladrón, que el amor roba
las almas, que es robar su hacienda al Cielo;
más es que huir, porque este huir pudiera,

y perderse el valor; y amor espera,
espera hasta que pierda honor y vida,
después de estar la libertad perdida.
Y así, juzgo que es justo que le vendas,
que para esclavo, en fin, le sobran prendas.

LIS. ¿Qué le venda, don Juan?

D. JUAN Que luego al punto
le vendas. Y pues yo te lo aconsejo,
no me preguntes más. Vuélvele a Eliso,
y di que solo quieres esta esclava,
si no quieres venderle en otra parte.

LIS. Ahora bien, si conviene que le venda,
o que le vuelva a Eliso, vayan juntos
el esclavo y la esclava; que no quiero
tener esclava tan hermosa y bella.
Que amor es más que el vino, pues le vence;
y más que el hurto, pues las almas roba;
y más que huir, pues el amor espera
a que se pierda vida, hacienda y honra.

D. JUAN La esclava no te enoja ni deshonra.

LIS. Pues ¿en qué me deshonra a mí un esclavo?

D. JUAN En abrazar la esclava, por lo menos.

LIS. ¿Vístelo tú?

D. JUAN Yo vi que se abrazaban,
y Carrillo lo vio.

LIS. ¡Qué buen testigo!

CARR. Yo vi cruzar los brazos y tocarse
paloteado en las espaldas tanto,
que solo les faltó, como flamencos,
el decirse al tocar *fróleque, fróleque*[83].
Lo que es la paz de Francia fue notable[84]
como suelen tal vez mansas palomas
envainarse sus picos uno en otro
y decirse requiebros en el cuello...

LIS. Celos deben de ser, don Juan. ¿No tienes
mujeres por allá bellas y libres?
Deja esta mora, que en efecto es mora.
No trates de vencerla, que es delito
que nos puede costar hacienda y honra.
Que el enojo de Pedro, con reñille,
con no dejar que suba, ni que pase
de aquestos corredores, se castiga.

Vase

D. JUAN ¿Fuese?
CARR. Con los dos pies y los chapines[85].
D. JUAN ¿Este gusto me da mi madre?
CARR. Calla,
 que también eres tú terrible en esto.
 ¿Por qué quieres que venda a Pedro, un hombre
 tan cuerdo, tan discreto y gentil hombre?

Salga herrada en el rostro Celia

CEL. Apelo desta crueldad
 al supremo Autor del Cielo,
 pues no ha de haber en el suelo
 ni remedio ni piedad.
D. JUAN ¿Qué es esto? ¿Hay mayor maldad?
 ¡Vive Dios que sospechaba
 mi madre que a Zara amaba,
 y que en el rostro la herró
 por que aborreciese yo
 lo que della me agradaba!
 ¿Es esto verdad?
CEL. Sí es.
D. JUAN Míralo bien.
CARR. ¿Que lo dudas?
 ¿Que te turbas y demudas?
 Suyo es el daño que ves.
 Que tú, por que más estés
 sosegado de tu amor,
 antes recibes favor
 en afearle la cara;
 que por ventura llegara
 a más peligro tu honor.
D. JUAN Déjame mirar, Carrillo,
 aquellos dos, cuyas rosas
 mancharon las rigurosas
 manos (bien puedo decillo),
 que corte un fiero cuchillo
 o que en Argel ate un moro.
 Cielo rosado que adoro,
 ¿qué cometas negras son
 las que con tal sinrazón
 eclipsan tus rayos de oro?

Esas rosas encarnadas
han dado tan negro fruto,
que es mirar el sol con luto
verlas de negro eclipsadas.
Pero pues están bañadas
de tinieblas, cese el día
que de su oriente salía.
Venga la noche y la muerte
y acábense de una suerte
su luz y la vida mía.
Quien en tan blanco papel
tales letras escribió,
no imaginaba que yo
tengo de poner en él
el alma, para que dél
salga aquel hierro estampado.
Llega, no te dé cuidado,
estampa ese hierro en mí.

CEL. ¿Cómo te llegas así?

D. JUAN Amor licencia me ha dado.

CEL. Pues a mí no la crueldad
de tu madre.

D. JUAN ¡Es gran razón!

Puesto me has en condición
de hacer una liviandad.
Rosas puras, esperad,
que voy a hacer que esta afrenta
de vuestra hermosura sienta
quien os deslustra y marchita.
Y será sentencia escrita
de quien vuestra muerte intenta.
Ven, Carrillo.

CARR. ¿Dónde vas?

D. JUAN Casarme tengo con ella;
que si antes era tan bella,
ahora herrada lo es más.

CARR. No es cristiana, no podrás.

D. JUAN Podré dar pena a Lisarda.

CARR. La afrenta, ¿no te acobarda?

D. JUAN No hay cobarde en siendo loco.

CARR. Oye, advierte, aguarda un poco.

D. JUAN ¡Amor con ira no aguarda!

Celia sola

CEL. Creído lleva don Juan
que estos hierros son de veras,
y son fingidas quimeras
de celos que en ellas dan.
Felisardo es tan galán,
que en cualquier traje enamora;
Belisa, Lisarda y Flora
le quieren de una manera.
¿Quién de un melindre creyera
tan grande mudanza agora?

Sale Felisardo herrado en el rostro

FEL. ¿Estás aquí?

CEL. ¿No me ves?

¿Cómo te subiste acá?

FEL. Amor licencia me da,
sus alas puso a mis pies.

¡Qué bien los hierros te están!

CEL. Son en tu nombre, bien mío,
aunque ha hecho un desvarío,
por verme herrada don Juan.

FEL. ¿Cómo?

CEL. Pienso que es de suerte
su sentimiento, que ya
a sí mismo se dará,
si no a su madre, la muerte.

FEL. ¡En buen enredo, ay de mí
nos ha puesto amor crüel!
Pero ya saldremos dél;
que no haber peligro aquí
me obliga a sufrir que sea
tu bello rostro afrentado.

CEL. ¿Por qué, mi bien, si hoy me ha dado
Amor su firma y librea?
Hoy soy tuya, que lo ven
todos mis cinco sentidos;
alégranse los oídos,
la boca y manos también.
Porque olvidos ni destierros
pueden negar tus despojos,
desde su alcázar los ojos

están mirando los hierros.

¿Qué sientes tú de los tuyos?

FEL. Que me corro que no sean
como los tuyos desean,
siendo estampa de los suyos.
También mis ojos los ven,
y mi boca los alaba,
y aun una pendencia brava
hay entre los dos también.
Que de los clavos, por ser
tuyos, están tan preciados
los ojos, que ya de honrados,
suyos los quieren hacer.
La boca dice que están
más cerca, y que suyos son;
pero en tan dulce cuestión
los mismos hierros podrán
poner paz, si los juntamos.
Dame los brazos, e ireme.

CEL. Amor llega, el alma teme.

Sale Belisa y Flora

BEL. ¡A muy buen tiempo llegamos!
¿No te han dicho, perro, a ti
que no subas solo un paso
de la escalera?

FEL. No paso
sin causa: a pedir subí
cosas que son menester,
que aquí me las han de dar.

BEL. ¿Y es menester abrazar?

FEL. Somos marido y mujer.

BEL. ¿Desde cuándo?

FEL. Desde el punto
que a los dos nos han herrado,
hierros habemos juntado
por que se ande todo junto.

BEL. Pues ¿puede un hombre cristiano
casarse con una mora?

FEL. Ya es cristiana, pues agora
está el serlo en vuestra mano.
Su bautismo y casamiento

podéis hacer en un día.

BEL. ¿Quieres tú?

CEL. Yo bien querría;
que mi noble nacimiento
se emplea en Pedro muy bien,
que es por parte de su padre
caballero, y por su madre,
aunque mora, lo es también.

BEL. Éntrate, infame, allá dentro.
Tú, perro, bájate allá.

CEL. Pues ¿esto enojo te da?

BEL. Entra, bárbara.

CEL. Ya entro.

Vase Celia

BEL. Y tú, ¿qué aguardas aquí?

FEL. Ver si templas el rigor.

BEL. Templarse pudiera amor,
si caber pudiera en ti.
Ven acá, Pedro.

FEL. Señora...

BEL. ¿Sentiste mucho el herrarte?

FEL: Por ser el rostro la parte
que más el respeto honora,
que más la vista venera,
Dios sabe si lo he sentido,
y más sabiendo que ha sido
por quien honrarme pudiera.

BEL. ¿Piensas que soy yo?

FEL. Pues ¿quién?

BEL. Don Juan.

FEL. De celos será.

BEL. El dolor ¿pasose ya?

FEL. ¡Pluguiera a Dios que también
el de la afrenta pasara!

FLO. Tente, que te vas perdiendo.

BEL. Vame, Flora, suspendiendo
el alma su hermosa cara.

FLO. ¿Agora hermosa?

BEL. Los clavos
son lunares que hermocean
lo que otros rostros afean

de menos bellos esclavos.
 ¡Que castigasen los cielos
 mis melindres desta suerte!
 ¡Que un esclavo me dé muerte
 y una esclava me dé celos!
 ¡Ay, Flora, qué mal consejo
 me diste! Que estando herrado
 al bien la puerta he cerrado.

FLO. Por eso te lo aconsejo;
 que pudiera ser que hicieras
 alguna afrenta a tu honor.

BEL. Pues algo intenta mi amor
 que temple estas ansias fieras.
 ¿Cómo tocaré una mano
 deste esclavo?

FLO. ¡Linda cosa!
 ¿Eras tú la melindrosa?

BEL. Es todo melindre en vano
 cuando llega amor por fuerza.
 Haz, Flora, alguna invención;
 no se pierda la ocasión.

FLO. ¡Brava locura te esfuerza!
 Finge un desmayo y haré
 que en brazos te lleve allá.

BEL. Notable invención será.
 ¡Jesús! ¡Ay, Jesús!

FLO. ¿Qué fue?

BEL. Picome un mosquito un dedo.
 Y como si fuera un rayo,
 toda me muero y desmayo.

FEL. ¿De un mosquito?

FLO. ¡Lindo enredo!
 ¿Qué quieres? ¿Ya no sabías
 sus melindres? Ya está muerta.

FEL. ¿Muerta?

FLO. Ten por cosa cierta
 que no vuelva en cuatro días.
 Tómala en brazos, que yo
 no la podré levantar.

FEL. ¿Yo la tengo de llevar
 en brazos?

FLO. Pues ¿por qué no?

FEL. Alto, yo haré lo que mandas.
FLO. Yo iré a ver si alguien viene.

Vase Flora

FEL. Notable desmayo tiene.
Ahora bien, quiero ser andas
y llevar aquesta muerta.

En teniéndola en los brazos sale Celia

CEL. ¿A dónde vas desta suerte?

FEL. Esta imagen de la muerte,
de aliento y vida desierta,
llevo a echar sobre su cama.
Que Flora me lo mandó,
porque aquí se desmayó,
y es en efecto mi ama.

CEL. A lo menos porque ya
debes de quererla bien.

FEL. Mejor los cielos me den
vida. ¿No ves cómo está?

CEL. ¡Ah Felisardo crüel!
Tú muy celoso de mí,
y yo, ingratisimo, a ti
por todo extremo fiel.
Mas yo sí los he tenido
justamente, porque soy
tan ofendida.

FEL. Yo voy,
Celia, en el traje fingido
cumpliendo mi obligación.
No te ofendo en otra cosa.
Esta necia melindrosa
dijo en aquesta ocasión
que de picarla un mosquito
estaba para expirar;
mandáronmela llevar...

CEL. Ni aun tocarla te permito.

FEL. Pues si está como la ves,
¿tengo de dejarla aquí?

CEL. Para darme gusto, sí;
pero no si el tuyo es.
¿Yo había de verte en los brazos

otra mujer?

FEL. Está muerta.

CEL. ¿Muerta?

FEL. Pues ¿no es cosa cierta?

CEL. Llévala, y hazla pedazos
dese corredor.

FEL. Bien fuera;
porque tanto me aborrece,
cuanto adora y encarece
su madre; que si hoy quisiera,
pienso de su hacienda toda
pudiera ser tesorero,
y hacerle un engaño espero.

CEL. Mal nuestro bien se acomoda.
¡Ay, Felisardo! Ya herrados,
¿qué podemos acertar?
¿Qué fin el tiempo ha de dar
a casos tan desdichados?

FEL. ¿Ahora contemplas eso?
¿No ves que me estoy cansando?

CEL. Suéltala, y vente callando
a tratar nuestro suceso
a mi aposento; que ya
no preguntarán por ti.

FEL. Alto, yo la deajo aquí.

CEL. Vamos.

FEL. Sin sentido está.

FLO. Aunque con pena y con celos,
al fin he dado lugar
a que puedan acabar
tantos melindres los cielos.
Quien cuantos hombres miraba
melindrosa despreció,
¡con un esclavo vengó
a quien ofendido estaba
y sin mirar su bajeza
le quiere tomar la mano!

Levántase Belisa

BEL. ¿Qué estás murmurando en vano,
si sabes la fortaleza
de aquel poderoso amor?

FLO. ¡Jesús, Señora! ¿Aquí estás?

BEL. Dame la mano y sabrás
la causa.

FLO. ¡Extraño rigor!
¿Que aún no te llevó de aquí,
dejándote yo en sus brazos?

BEL. ¡Ay, Flora, que aquellos lazos
no se hicieron para mí!

Luego que adentro te fuiste,
y yo llegada a su pecho
iba como quien le adora,
dando rienda al pensamiento,
ya tocándole la mano,
ya llegando el rostro al cuello,
como que el mismo desmayo
era destas cosas dueño,
entró Zara, y de miralle
celosa rémora siendo,
detuvo la nave mía,
que llevaba en popa el viento.

Yo tenía entre sus brazos
el cuerpo, pero en el suelo
los pies; y aunque me pesaba
de ver de los dos los celos,
agradecía mi agravio.
Y por estar en su pecho,
rogaba a Dios que durasen
los enojos que me dieron.
¿Quién vio de amor, quién oyó
tal laberinto y enredo,
como que yo con fingido
desmayo estuviese oyendo
los mismos celos que daba
a quien le tuvo por cierto,
y descubrió a voces claras
los más estraños secretos
que hay en fábula ni historia?

FLO. ¡Ay, Señora!, ¿qué dijeron?

BEL. Ella le llamaba a él
Felisardo, que no Pedro.
Y él a ella Celia.

FLO. ¿Cómo?

BEL. Celia, que no Zara.
FLO. ¡Ay, cielos!
BEL. En fin, en sus relaciones,
en sus quejas, en sus miedos,
yo entendí, si no me engaño,
que no son esclavos estos.
FLO. Ese es engaño notorio.
BEL. ¿Engaño, Flora?
FLO. A no serlo,
¿cómo dejaran herrarse?
¿Cómo sufrieran los hierros?
Aunque el otro día vi,
al entrar en su aposento
de Pedro, un jubón de tela;
pero engañome, diciendo
que un esclavo que le hurtó,
allí le trajo a esconderlo.
BEL. ¿Jubón de tela?
FLO. Y muy fina.
BEL. ¿Si es aqueste caballero,
y por alguna desdicha
vino a tan triste suceso?
FLO. Si por los hierros no fuera,
no lo dudara.
BEL. ¿Qué haremos?
FLO. Disimular.
BEL. Sí, mas mira
que se han de huir, y que quedo
perdida, y más desde agora,
que es Felisardo y no Pedro.
FLO. Para estorbar que se vaya
mal puedo darte consejo.
BEL. Ya yo le sé.
FLO. ¿Cuál?
BEL. Escucha.
Llámame a Carrillo presto.

Sale Carrillo
FLO. Él llega por excusarme.
BEL. Amor le trujo a mi ruego.
CARR. ¿A qué ha de llegar la furia
de amor? ¡Qué buenos están

de su obediencia don Juan,
y Lisarda de la injuria!
La madre llora y promete
casarse por castigalle,
y él con la esclava, por dalle
más pena.

FLO. ¿Qué hay, alcahuete?

CARR. ¡Oh, secretaria crüel
de la ninfa melindrosa,
la que se alcorza[86] y endiosa,
la que viendo en un papel
un San Jorge dibujado
de la sierpe se espantó!

FLO. Mira que está aquí.

BEL. Si yo,
Carrillo, hubiera mostrado
melindre viéndote a ti,
¿qué sierpe más espantosa?

CARR. Perdona, que esto no es cosa
que arguye malicia en mí,
y pruébame en tu servicio
si quieres ver lo que soy.

BEL. Hazme un placer.

CARR. Aquí estoy.

BEL. Yo he visto, Carrillo, indicio
de que Pedro quiere huirse;
sin esto, su atrevimiento
llega a entrar al aposento
de Zara, y no es de sufrirse.
Parte a un herrero y harás
una argolla y un virote[87].

CARR. Pues eso no te alborote,
señora; que ayer no más
este regidor vecino
a un esclavo le quitó.
Iré a pedírselo yo.

BEL. Échasele de camino,
con favor de los criados
de casa.

CARR. Traeré de enfrente
un lacayo muy valiente,
de bigotes engomados,

hombre de más libertad
que un cochero[88].

Vase

BEL. Parte presto,
que yo viviré con esto
en mayor seguridad,
mientras vengo a conocer
si es Pedro o si es Felisardo.

FLO. El fin del suceso aguardo.

BEL. Por fuerza lo ha de tener.

Salen Lisarda y don Juan y Tiberio

LIS. ¿Libertades a mí? Pues por el siglo
de vuestro padre, que veáis muy presto
la venganza que tomo de vosotros.

TIB. Hermana, reportaos; don Juan es mozo
y en fin es vuestro hijo.

LIS. No es mi hijo.

BEL. ¿Qué es aquesto, don Juan?

D. JUAN Vuestras quimeras;
que mi madre te pone a ti la culpa.
¿Quién herrara una esclava tan hermosa?
En crueldades pararon tus melindres.

BEL. Pues ¿qué te importa a ti?

D. JUAN Mucho me importa;
que es mi mujer.

LIS. ¡Oh infame! ¿De tu boca
salen tales afrentas de tu sangre?

TIB. Dícelo con enojo; que no es hombre
don Juan que ha de afrentar nuestro linaje.

D. JUAN De veras hablo, tío.

TIB. Calla, loco.

LIS. Pues alto. Si don Juan se determina
a quererse casar con una esclava,
yo me quiero casar con un esclavo.
La mitad de la hacienda es mía.

TIB. ¡Bueno!
También eres tú loca. ¿Qué te espantas
que don Juan te parezca?

LIS. No hay cordura
con hijos atrevidos, deslenguados,

inobedientes. Hoy daremos cuenta;
no piense que le toca su legítima[89]
tan entera el villano; que en un año
me ha gastado en sus deudas, en sus galas
y en sus placeres deshonestos cinco,
¿cinco?, y aun más de siete mil ducados.

D. JUAN Si pensabas casarte y pretendías
desampararnos, sin enredos puedes
casarte con quien ya tendrás trazado;
que yo y mi hermana viviremos juntos
con más honra que estamos en tu casa.

TIB. Salte allá fuera ya; que es desvergüenza.
¿Así tratas las tocas[90] de tu madre?

D. JUAN Respeto en vos las canas de mi padre.

Sale Felisardo

FEL. ¿Esto se puede sufrir?
¿Esto es bien hecho?

TIB. ¿Qué es esto?

FEL. ¿No basta el haberme puesto
estos hierros sin huír,
sino que mandáis echarme
argolla y virote a mí?

LIS. Yo no lo mandé.

BEL. Yo sí.

FEL. Pues ¿en qué puedes culparme?

BEL. Madre, el esclavo se va;
yo lo sé de Zara.

LIS. ¡Ah perro!
Hiérrenle, ¿no viene el hierro?

Salen Carrillo y cuatro lacayos

CARR. A punto el virote está
y la valerosa gente.

LIS. Echádsele al fugitivo.

LACAYO 1 ¡Hola, Sancho! Por Dios vivo,
que dicen que es muy valiente.

LIS. Herradle, y vamos de aquí.

FEL. ¡Qué notable confusión!

TIB. No me parece razón
herrarle.

BEL. Pues a mí sí.

Vanse y queden con Felisardo los lacayos

FEL. Llegad, perros.

CARR. Luego ¿piensas defenderte?

FEL. Solo siente mi valor que sois ruin gente, no las afrentas y ofensas.

Andan al mojicón[91] y ásenle, y en fin en el suelo le ponen el virote

Sois muchos. Al fin caí.

LACAYO 2 Ríndete, perro, Mahoma.

FEL. Cielos, ¿quien me adora toma tanta venganza de mí?

LACAYO 3 Ea, perrazo, está quedo.

LACAYO 4 Remacha bien.

CARR. Bien está; que no se le quitará a dos tirones.

FEL. Hoy puedo decir que llegó mi mal al extremo que podía.

LACAYO 1 Ya sabe que hoy es el día de ser franco y liberal.

CARR. Cuélense en esa taberna. Llevaré veinte aceitunas; que no ha de ser en ayunas.

LACAYO 2 Yo serviré de lanterna.

Vanse y queda solo Felisardo con el virote puesto

FEL. ¡Crüel amor!, ¿tan fieras sinrazones tras tanta confusión, tras pena tanta? ¿De qué sirve la argolla a la garganta a quien jamás huyó de tus prisiones? ¿Hierro por premio das a mis pasiones? Dueño crüel, tu sinrazón espanta: el castigo a la pena se adelanta, y cuando sirvo bien, hierros me pones. ¡Gentil laurel, amor!, ¡buenos despojos! ¡Y en un sujeto a tus mudanzas firme, hierro, virote, lágrimas y enojos! Mas pienso que has querido persuadirme que trayendo los hierros a los ojos

no pueda de la causa arrepentirme.

-
- [70] Por sentencia pública de la Justicia.
- [71] Séneca murió en el baño, tras hacerse abrir las venas. Alude a la práctica médica de las sangrías, de lo que se encargaba el cirujano o barbero.
- [72] Porcia se suicidó tragándose unas brasas tras conocer la muerte de Pompeyo, su marido.
- [73] Pastillas de olor. Se quemaban y perfumaban el ruedo de los vestidos.
- [74] Sus prendas: su belleza y sus virtudes.
- [75] Dentro del canon de belleza femenino se cuenta el pie pequeño, de pocos “puntos” o talla.
- [76] Uno de los cuatro palos de la baraja española.
- [77] Hábitos de órdenes militares; muy especialmente, de la de Santiago.
- [78] Alcalde: alcaide; metáfora manidísima, la del amor carcelero, que da título a la novela de Diego de San Pedro, muy leída en el siglo XVI.
- [79] Flora da a entender que también está prendada de Pedro-Felisardo.
- [80] Amartelar: enamorar, conquistar, seducir.
- [81] Fieros: berrinches.
- [82] Conviértete a la verdadera Fe y dame la tuya (tu confianza, tu entrega).
- [83] *Vrolyk, vrolyk*, fórmula de saludo.
- [84] Dar la paz de Francia: besarse. En la época, los usos de cortesía eran distintos en las distintas partes de Europa. Se significaba con esa expresión una excesiva familiaridad en los saludos.
- [85] Chapín: calzado femenino.
- [86] Alcorzar: adornar, embellecer. Alcorza es la pasta blanca de azúcar que se utiliza para recubrir determinados dulces. Aquí puede referirse a los afeites o maquillaje de Belisa.
- [87] Argolla y virote: grilletes para sujetar a los presos.
- [88] Libertad significa aquí desenvoltura, descaro. Era proverbial la fama de los cocheros y sus vehículos, lugar de citas y alcahuetería.
- [89] Legítima: parte de la herencia que los hijos reciben sea cual sea el testamento de su progenitor.
- [90] Tocado femenino propio de las viudas.
- [91] Se dan golpes.

JORNADA TERCERA

LIS. Reporta, Eliso, el enojo.

ELI. ¿En qué guerra le ganaste,
Lisarda, que le trataste
como a bárbaro despojo?
¡Virote a un esclavo honrado,
y que apenas tuyo es!
¿Qué le pondrás de aquí a un mes?

LIS. Mi hija es loca, y ha dado
en aqueste desatino,
temiendo que se ha de ir.
Mas tú la puedes reñir.

ELI. ¡Por Dios, Lisarda, que vino
a lindo dueño el esclavo,
del regalo que tenía!
Pues tú sabrás algún día
quién es.

LIS. Su virtud alabo
y doy la culpa a Belisa.

ELI. ¿Es melindre errar a un hombre
que si supieras su nombre,
aunque su talle te avisa,
te movieras a piedad?
Pero ve por que la riñas.

LIS. Pondrele entre las dos niñas
de los ojos.

ELI. Regalad
a quien tan bien lo merece;
que algún día...

LIS. ¿Pues quién es?

ELI. Yo sé que sabrás después
lo que quien ama padece.

LIS. En gran confusión me pones.

ELI. No hay que preguntarme más;
presto, Lisarda, sabrás
notables transformaciones.

LIS. ¡Oh amor!, si fuesen verdad
las sospechas que he tenido,
hoy a este esclavo fingido
declaro mi voluntad.

Vase Lisarda y sale Carrillo, lacayo

CARR. No sé quién puede sufrir
una mujer tan cansada.

ELI. ¿Qué hay, Carrillo?

CARR. Poco o nada.

Nada se puede decir
aquello que solo es viento;
los melindres viento son.

ELI. No lo son a mi pasión,
aunque el viento es elemento
que en fuego suele mudarse,
y dese viento es mi fuego.

CARR. Pésame que estés tan ciego.

ELI. Puesto que bastara a helarse
en sus melindres amor,
por ser de su fuego hielo,
yo me abraso y me desvelo.

CARR. Si yo no fuera, señor,
por Tiberio tan aprisa,
lindas cosas te contara.

ELI. ¿Son de Belisa?

CARR. Repara
en que la niña Belisa,
la que un confite de mana^[92]
parte en dos para comelle,
y a quien un día vi hacelle
de solo ver una rana
dos sangrías en un hora,
ha dado en unos desmayos,
que, como el sol por sus rayos,
muestran que este esclavo adora.
En estando desmayada,
le han de llamar o morirse;
y esto viene a resumirse

en que la niña alcorzada
toma la mano al esclavo;
que dice que el corazón
siente sosiego en razón
de las uñas.

ELI. Mucho alabo
la virtud de Pedro en ser
de Belisa medicina,
si no es que a querer se inclina
lo que no puede querer.

CARR. ¿Por qué no? ¿No es hombre?

ELI. Sí;
que en fin, aunque esclavo, es hombre.

CARR. Pues si no le estorba el nombre,
está seguro de mí,
que he visto en él que la adora;
aunque finge estar cansado
de verse siempre ocupado
en curar esta señora.
Mas es hombre, y es querido,
ella hermosa y él mancebo.
No picar en tanto cebo
tan de bestia hubiera sido,
que la uña que tocara
le fuera de más provecho.
Mas ¿no miras lo que ha hecho
esta a quien la Fénix rara
urraca le parecía,
y el más galán, sayagués[93]?

ELI. Castigo del Cielo es.

CARR. ¡Qué bien un hombre decía
que no hay elección más fea
que en la mujer melindrosa!
Pero ¿mandas otra cosa?

ELI. Adiós.

CARR. Adiós.

ELI. ¡Que se crea
de un hombre honrado y amigo
esta traición! ¿Esto aguardo
en galardón, Felisardo?
¿Tal traición usas conmigo?
¿Es posible que olvidado

de Celia, mi dama quieres?

Sale don Juan

D. JUAN ¿Que aquí quedaba?

ELI. ¿Tú eres
 noble, tú amigo, tú honrado?

D. JUAN ¡Eliso mío!

ELI. ¡Don Juan!

D. JUAN ¿Qué esclava es esta que aquí
 trujiste?

ELI. ¡Bueno!

D. JUAN ¡Ay de mí!

ELI. Todos parece que están
 contra mi honor de concierto.

 ¿Dirás que te agrada?

D. JUAN Y tanto,
 que de que viva me espanto
 un hombre después de muerto.

 ¿Quiéresmela dar a mí?

 ¿Quiéresmela a mí vender?

ELI. Mi venganza viene a ser
 cierta y breve por aquí.

 ¿Quiéresla bien?

D. JUAN En mi vida
 me he visto en tan triste estado;
 tanto, que tengo pensado,
 si de quién soy se me olvida,
 viéndola a mis ruegos fuerte,
 hacerla propia mujer,
 y en acabando de ser
 mi mujer, darme la muerte,
 o irme donde jamás
 visto de algún hombre sea.

ELI. Ya que en servirla te emplea
 Amor, por quien loco estás,
 solo te puedo advertir
 que es mujer tan principal,
 que no naciste su igual.

D. JUAN ¿No es turca?

ELI. Lo que es decir
 quién es, has de perdonarme;
 basta decirte que aciertas

si el casamiento conciertas.

D. JUAN ¿Con ella puedo casarme?

ELI. Por no te decir quién es,
me voy.

D. JUAN Espera.

ELI. No puedo;
que tengo a la lengua miedo,
y yo te hablaré después.

Vase Eliso

D. JUAN No en vano yo te adoraba,
¡oh prenda del alma mía!,
pues el alma me advertía
de aquello que yo inoraba.
¿Hay tal bien? ¿Hay tal ventura?

Sale Lisarda

LIS. ¿De qué es la ventura y bien?

D. JUAN De que los Cielos me den
una esperanza segura;
de que fui Pigmaleón[94],
pues se me ha vuelto mujer
la que fue de piedra ayer,
para mi honor y opinión.
Madre, yo estoy ya casado,
no me preguntéis con quién;
que yo sé que os está bien,
si Eliso no me ha engañado.
Apercibid[95], madre mía,
joyas y casa a una nuera,
que si el sol hijos tuviera,
preciarse della podría.
Ya descansaréis, señora,
del cuidado de mi estado,
ya el Cielo mujer me ha dado;
no me preguntéis agora
quién, para qué, ni por qué.
Que el quién es el bien que vi;
el para qué, para mí;
y el porqué, porque la amé.
Y ha de ser desta manera,
el cómo y cuándo se acabe:

el cómo, como Amor sabe,
y el cuándo, cuando Dios quiera.

Vase

LIS. ¿Qué enigmas, qué desatinos
son estos? ¿Qué loco error
de los consejos de amor?
Pero todos son caminos
para conocer que son
estos esclavos fingidos.
Pensamientos atrevidos,
tomemos resolución.
Este esclavo es caballero:
¿qué aguardo, pues que le adoro?

Sale Belisa, furiosa, y Celia y Flora teniéndola

BEL. ¡Llamadme ese perro moro
de quien mi remedio espero!
Presto, presto, que me aprieta
fuertemente el corazón.

LIS. ¿Qué es esto?

CEL. Aquella pasión
que la oprime y la sujeta
a los desmayos que ves.

BEL. Llamad a Pedro, enemigas.

LIS. Hija, ¿de qué te fatigas?
¿Qué es esto?

BEL. ¿No veis lo que es
esta fuerza del sentir
y este forzoso callar?

CEL. A Pedro voy a llamar.

BEL. No tú; Flora puede ir.

FLO. Pues yo voy.

CEL. ¿Que Felisardo
guste de que viva aquí!

BEL. Madre, duélase de mí.

LIS. ¿Qué tienes?

BEL. La muerte aguardo.

LIS. ¿Qué sientes?

BEL. Un no sé qué
que me da en el corazón,
con una cierta pasión

que se siente y no se ve.
Tengo en él un arador[96]
que me escarba y hace mal,
como un granito de sal,
y aun sospecho que es menor.
Tengo el corazón tan niño,
que llora de cualquier cosa...
Madre mía, madre hermosa,
oiga, mire que la riño,
de que no me ha regalado.

LIS. ¡Triste! ¿Qué te puedo hacer,
si el corazón ha de ser
con epítimas[97] curado?
Gasta mi hacienda en jacintos,
en perlas, oro y corales.

BEL. ¿No ve que son esos males
de los que piensa distintos?
Hágame, madre, una cuna,
donde mezca el corazón,
porque duerma en la pasión
que me aflige e importuna.
Cómpreme un vaquerito[98]
y unos zapatos dorados,
dele confites pintados.

LIS: ¿Estás loca?

BEL: Hable quedito;
que pensará que es el coco.

CEL. Será el corazón primero
con zapatos y vaquero.
¿Hay tal melindre?

Salen Flora y Felisardo

FEL. Estoy loco.

FLO. Ten paciencia; que has de ser
médico desta doncella.

FEL. ¿Téngome de andar tras ella,
teniendo tanto que hacer?
¡Por mi fe, que estamos buenos!
¿Quién limpiará los caballos?

LIS. Solos podemos dejallos.

CEL. Yo me esconderé a lo menos.

LIS. Siéntate en aquesta silla.

Y tú, Pedro, llega a hablalla.

FEL. ¿Cómo podré yo curalla?
Tu engaño me maravilla.
¿Qué tengo yo, que la curan
mis uñas? ¿Soy la gran bestia?[99]

LIS. ¿Esto te causa molestia?

FEL. ¡Gentil médico os procuran!
¿A quien cura los caballos
remiten vuestra salud?

LIS. Tienes tú grande virtud.
Ea, bien podéis dejallos.
Acude, Flora, a tu hacienda,
que a hablar con Tiberio voy.

Vanse Lisarda y Flora y escóndase Celia

CEL. Cielos, escondida estoy.
Haced que este enredo entienda.

FEL. Ea, pues ya estoy aquí,
¿qué he de hacer?

BEL. Dame esa mano.

FEL. Bien te entiendo, amor tirano;
pero ¿qué quieres de mí?
Adoro a Celia, aborrezco
este melindre y enfado.
Ya la mano os he tomado.

BEL. Válgame amor, que enmudezco.

FEL: Corrido estoy que toméis
mano tan áspera y callos,
que de almohazar seis caballos
la tienen como la veis.

BEL. Con ella descanso, Pedro.

FEL. Pues si os hago bien, señora,
¿cómo este virote agora?
¿Por el bien que os hago medro?
¿Por qué me tratáis así,
si vuestro médico soy?

BEL. Porque si te vas, me voy
hasta la muerte sin ti.

FEL. ¿A cuál esclavo sin culpa
clavos y virote han puesto?

BEL. ¡Jesús!, apriétame presto,
y no me pidas disculpa.

Aquí, aquí... ¡Qué gran dolor!

FEL. ¿Qué tiene vuesa merced?

BEL. Deseos de hacer merced
a quien ni aun pide favor.

FEL. ¿Cómo es eso?

BEL. No sé a fe.
Pónenseme unas cositas
en los ojos tamañitas,
que apenas el sol las ve.
Y éstas se me entran por ellos,
y con dulce alteración
pellizcan el corazón.

FEL. ¡Qué lástima!

BEL. Tenla dellos.

FEL. Mayor la tengo de mí,
por vos con este virote.

BEL. Pues eso no te alborote,
que yo le traigo por ti.
¿Qué dije? ¡Jesús! ¿Qué es esto?
Loca estaba, necia estoy.
¡Qué desgracia! Muerta soy;
aprieta esta mano presto.

FEL. ¡Desmayose! ¿Hay cosa igual?
Vergüenza debió de ser.
Fácil está de entender
la calidad de su mal.
Pero ¡triste yo! ¿qué haré?
¿Qué remedio le he de dar?

CEL. Bien la puede remediar
vuesa merced.

FEL. ¿Yo? ¿Por qué?

CEL. Porque quien le dio la mano,
¿Qué puede negarle ya?

FEL. ¡Qué necio tu amor está!

CEL. Necio sí, mas no liviano.
¡Ah, Felisardo! ¿qué es esto?
Pues no creas que he de estar
donde me puedas picar
tan libre y tan descompuesto.
Don Juan me quiere; yo haré
que hoy en sus brazos me veas.

FEL. Sin culpa matar deseas

quien por la tuya se ve
en tantas persecuciones.
Esta loca melindrosa
anda, mi bien, codiciosa
de que entienda sus razones.
Y es que sin duda ha sabido
o sospecha lo que soy.
Forzado con ella estoy,
médico violento he sido[100].
Aquí me tomó la mano,
y este diamante que ves
me puso en ella; no estés
conmigo enojada en vano.
Sino como, en fin, despojos
que de su vana locura
rinde el alma a tu hermosura,
hoy le presento a tus ojos.
Toma el diamante, mi bien,
y vete, no vuelva en sí.

CEL. ¿Qué yo me vaya de aquí?
¡Bueno! Aunque el mundo me den.
Toma tu diamante allá.

FEL. Pues ¿quieres que yo me vaya?

CEL. Sí, que si amor la desmaya,
en ti la piedra hallará,
y en mí el mayor desengaño.

FEL. Pues voyme, que es ley en mí
tu voluntad.

Vase Felisardo

BEL. ¿Esto oí?
¿Qué aguarda mi loco engaño?
¡Fuera! digo. ¡Muerta soy!

CEL. ¿Qué tienes, señora mía?

BEL. ¡Oh nube de mi alegría
y del sol que viendo estoy!
¡Madre, madre! ¡Flora! ¡Gente
de esta casa! ¡Hola, criados!

Sale Lisarda, Flora, Carrillo

LIS. ¿Qué es esto, tristes cuidados?
¿Es melindre o accidente?

BEL. No es melindre.
LIS. Pues ¿qué ha sido?
BEL. Ahora veréis quién son
esclavos, y si es razón
darle el castigo que os pido.
Bien conocéis el diamante
que compré en los cien escudos...
CARR. Di más; que nos tienes mudos
en suspensión semejante.
BEL. Estando aquí desmayada,
Zara a mi mano llegó,
y el diamante me tomó.
CARR. ¡Oh perra disimulada!
A ver la mano.
LIS. ¿Tú, Zara,
agora das en ladrona?
CEL. Señora...
CARR. Calla, perrona.
FLO. ¡Ladrona! ¿Quién tal pensara?
LIS. ¿Qué disculpa puedes dar?
BEL. Si a Carrillo no la entregas,
si por su perdón me ruegas,
si no la mandas pringar^[101],
cuéntame por muerta luego.
LIS. Carrillo...

CARR. Señora...
LIS. A ti
la entrego.
Vanse Lisarda y Flora
CARR. Déjame a mí.
CEL. ¡Señora!...
BEL. Ponla en un fuego.
CARR. Ya vuesa merced está,
como ha visto, en mi poder.
CEL. Pues bien, ¿qué quieres hacer?
CARR. Eso agora lo verá.
Desnúdese.
CEL. ¿Estás en ti?
CARR. Galga, agradezca que plugo
a su dicha, que un verdugo

tuviese tan noble en mí.
Y concluya, que ha de haber
azote y tocino ardiendo.

CEL. ¿Tú eres hombre?

CARR. Así lo entiendo.

CEL. ¿Y sabes que soy mujer?

CARR. Eso agora lo veremos.
Desnude.

CEL. Tiempo es de hablar.
¡Felisardo!

CARR. Eso es cansar
los aires haciendo extremos.

CEL. ¡Felisardo, esposo mío!

CARR. Su esposo está con Mahoma.
Acabe.

Sale don Juan

D. JUAN Aunque vaya a Roma,
veréis si en mi error porfío;
y yo sé muy bien quién es...

CEL. ¡Don Juan! ¡Señor!...

D. JUAN ¿Qué es aquesto?

CARR. Cuando lo sepas, verás
que causa y licencia tengo.
El diamante que tu hermana
compró ayer de aquel platero,
le hurtó la perra que miras,
la de los ojos honestos;
hanme mandado azotalla,
y yo, como ves...

Saque la espada

D. JUAN ¡Oh perro!
¿A un ángel?

CARR. Tente, señor.
Si es ángel, no tengas duelo;
porque si espíritus son,
y están, como ves, sin cuerpo,
mal pude yo hacerle agravio.

D. JUAN Villano, matarte tengo.
¡Tiberio, Lisarda, Flora,
Belisa!

CEL. Dejadle os ruego
que era en efecto mandado.
D. JUAN Por vos, señora, le dejo.
¿Hay tal maldad, hay tal furia?
¿Hay tal envidia? Ojos bellos,
tomad venganza en los míos,
ponedme esta espada al pecho.
Veisla aquí, matadme, dadme
mil muertes, yo las merezco.

CEL. Señor, dejadme pasar,
que tengo a Lisarda miedo.
Dejadme, por Dios, señor,
porque si os hallan en esto
y a mí con vos sin testigos
habrá testimonios nuevos.
Dejadme ir a la cocina,
dejadme.

D. JUAN Espera.

CEL. No puedo.

Vase Celia

D. JUAN ¿Hay tal crueldad? Mas, ¿qué mucho
que huyáis de verme, pues llego
a tiempo que un vil lacayo,
obedeciendo al imperio
de una mujer que es mi madre,
intente tal sacrilegio
a la imagen que criaron
con tal perfección los cielos?
Pues mi mujer ha de ser,
yo os desengaño y tan presto
que os espantéis y tengáis
por imposible el remedio.

Salen Tiberio y Lisarda

TIB. Don Juan, ¿qué es esto que dices?

D. JUAN Oíd lo que estoy diciendo,
pues sois los dos a quien hoy
prestar reverencia debo.
Aquí dejastes un hombre
que a no se escapar tan presto,
él llevara el justo pago

de su loco atrevimiento,
para que azotase a Zara.
Pero advertid que no quiero
que ponga nadie las manos
en mi mujer.

LIS. ¿Qué es aquesto?

D. JUAN Que es mi mujer.

TIB. Cuán mejor
fuera, don Juan, llamar luego
quien al Nuncio te llevara[102].

D. JUAN No estoy loco, no, Tiberio.

TIB. Pues, ¿puede tales razones
decirlas un hombre cuerdo?
Rapaz, loquillo, ignorante,
estaba por darte...

D. JUAN ¡Quedo!

TIB ...para sacarte vergüenza,
pues no la tienes en ellos,
con la mano en los carrillos.

D. JUAN Háblame con más respeto,
que si no fueras mi tío...

Vase don Juan

TIB. ¿Tú a mí?

LIS. Déjale, te ruego,
que si él se quiere casar
con una esclava, yo quiero
casarme con un esclavo.

TIB. ¿Qué dices?

LIS. Vengarme tengo.
Mi hacienda la quiero dar,
hoy me casaré con Pedro;
que ya no puedo sufrir
de don Juan atrevimientos
y melindres de Belisa.

TIB. Tan necia estás como ellos.
Pero quiérote decir
para los dos un remedio
con que temprarás su furia
y puedes ponerlos miedo.

LIS. ¿Cómo?

TIB. En la Corte, Lisarda,

vive un cierto caballero
cuyo nombre es Felisardo,
parecido en tanto extremo
a este Pedro, esclavo tuyo,
que si los juntasen creo
que los que más los conocen
no pudiesen conocellos
a tener vestido igual.

Y pues los clavos de Pedro
son fingidos, y el virote
puede quitarlo y ponerlo,
hazle vestir ricamente
en tu casa de secreto.

Y di que te viene a ver
conmigo, que trato desto.
Y fingiendo la escritura
del tratado casamiento,
pondrás temor a tus hijos,
y rienda al uno en deseos,
y al otro en tantos melindres.

LIS. Bien me parece el consejo;
pero podrán conocer
a Pedro.

TIB. Pues eso quiero,
porque pensarán también
que con engaño secreto
das a un esclavo tu hacienda.

LIS. Sí, pero importa primero
instruir a Pedro en todo.

TIB. Voyle a hablar.

LIS. Parte, Tiberio.
Cielos, sin saber por dónde
a hallar mi remedio vengo.
Sospecho que aqueste esclavo
es el mismo caballero.
Ellos me casan de burlas
con aqueste fingimiento,
y yo de veras me caso,
porque si al alma yo creo,
¿quién duda que es Felisardo
este que parece Pedro?

Vanse y salen Belisa y Flora

BEL. Saca unas velas aquí.
FLO. Ya las prevengo, señora.
BEL. Arrastra un bufete, Flora.
FLO. ¿Quieres escribir?
BEL. No y sí,
porque si mis pensamientos
quiero al papel remitir,
¿qué pluma basta a escribir
tan estraños sentimientos?
FLO. ¿Cómo fue aquello de Zara,
que tanta pena te dio?
BEL. Fingí desmayarme yo
por que el alma se animara.
Y cuando me dio la mano,
púsele el diamante en ella.
FLO. ¿A Pedro?
BEL. Sí, que por ella
pudo entenderme el villano.
Mas no me quiso entender,
pues que saliendo celosa
esa esclava rigurosa,
ese demonio o mujer,
que escondida nos miraba,
aquel diamante le dio,
imaginando que yo,
Flora, desmayada estaba.
Yo, con los justos enojos
que de su amor recibí,
que ella me le hurtó fingí
por desagraviar mis ojos.
Pero no lo quedé bien
del castigo prevenido.
FLO. Don Juan la culpa ha tenido
para que no se le den.
Pero mira que has errado
en pensar que Pedro entiende
tu amor, pues que se defiende.
Que lo que le has declarado
no ha sido más que por señas.
Y en amores desiguales
si no eliges medios tales
y le previenes y enseñas,

no vendrá en conocimiento
de tu amor.

BEL. Si yo supiese,
Flora, que este Pedro fuese
quien tengo en el pensamiento,
pienso que me atrevería
a decirle en el rigor
que estoy de celoso amor.

FLO. Siempre de la luz del día
huye la vergüenza noble.
Noche es ya, la oscuridad
para toda libertad
suele dar licencia al doble.
háblale sin luz, y di:
"Pedro, yo soy, yo te quiero".

BEL. Los melindres considero
con que he vivido hasta aquí.
Pero si por castigarme
Amor esto permitió,
será resistirme yo
dar armas para matarme.
Mas, ¿sabes lo que has de hacer
cuando Pedro venga aquí,
para que yo pueda así
esta vergüenza romper?
Fingir que al despabilar
las velas, mataste alguna.

FLO. Sí, mas ¿la otra?

BEL. Ninguna
luz con luz ha de quedar.
Que la del entendimiento
tengo de cegar también,
para que pueda más bien
decille mi pensamiento.
Pero retírate aquí,
que estos los esclavos son.

Sale Celia y Felisardo

FEL. Esta determinación,
Celia, me provoca así.

CEL. Detente y míralo bien.

FEL. Yo me quiero declarar,

que no es razón esperar
a que alguna vez te den
el castigo que hoy querían,
y que un lacayo villano
ponga en los ojos la mano
que en luz al sol desafían.

CEL. Míralo mejor primero.

FEL. ¿Qué tengo ya que esperar
si me acaban de contar
que el navarro caballero
hoy salió a Misa de herido[103],
como suelen las de parto?
Y, fuera deso, estoy harto
de las penas que he sufrido.
Como mal, duermo peor,
traigo este virote aquí,
que a no ser esto por ti
era insufrible rigor.
Ayer, ¡mira qué vergüenza!,
me hicieron ir hasta el río...

CEL. Mira, Felisardo mío,
que la Fortuna comienza
por un adverso suceso,
y después le siguen mil.
Confieso que el traje es vil,
y sus trabajos confieso.
Pero considera en mí
no menos pena y dolor.

FEL. Pues, ¿será sufrir mejor?

CEL. Díceme el alma que sí.
Salte de la sala luego,
que allí está Belisa.

BEL. Espera,
Pedro.

FEL. Tengo que hacer fuera.

CEL. Espera.

FEL. Temblando llevo.

BEL. No te vayas, que después
que no esté mi madre aquí,
tengo que hablarte.

CEL. ¡Ay de mí!

FEL. ¿Qué tienes?

CEL. ¿Ya no lo ves?
FEL. Dirás que celos.
CEL. ¿Soy yo
 de piedra?
FEL. Piensa, mi bien,
 que aunque mil mundos me den,
 diré a todo el mundo no.

Salen Lisarda y Tiberio

LIS. Esto dicen.
TIB. Es don Juan
 mozo, no me maravillo.
LIS. Pues más me ha dicho Carrillo.
TIB. ¿Cómo?
LIS. De concierto están
 él y sus locos amigos
 de robar la esclava.
FLO. Agora
 es imposible, señora,
 hablarle, que hay mil testigos.
BEL. Calla, que bien sabe amor
 dar a los extremos medio.
FLO. Pues ejecuta el remedio
 por que le tenga el dolor.
BEL. ¡Flora!
FLO. Señora...
BEL. Esas velas
 avisa.
FEL. Al despabilar
 llama esta loca avisar.
FLO. El amor todo es cautelas.
BEL. ¿Matástela?[104]
FLO. Por cortalla
 baja, la vela maté.
BEL. ¿Que esto no sabes?
FLO. No sé
 avisalla y sé matalla,
 porque quien mata no avisa;
 con estotra encenderé.
BEL. Aguarda, y te enseñaré
 cómo se avisa.
FLO. ¡Oh, qué risa!

La vela has muerto también.

LIS. ¿Qué es esto?

TIB. A oscuras estamos.

LIS. ¿Cómo?

FLO. Las velas matamos
por avisarlas más bien.

LIS. Esta es famosa ocasión
para allegarme a mi esclavo.

BEL. Hoy de declararme acabo,
hoy le digo mi afición.

FEL. Mientras que velas encienden,
a Celia quiero acercarme.

CEL. Pues nadie puede estorbarme
de los que mi mal pretenden,
quiero acercarme a mi bien.

Vayan poco a poco, Belisa a su madre, Celia a Flora y Felisardo a Tiberio

LIS. ¡Ah, mi bien! ¿Queréis oírme?

BEL. Pues ¿qué quiere amor tan firme,
sino que le oigáis también?

Felisardo a Tiberio

FEL. ¡Ah, mis ojos! No te enfades
de esta loca pretensión.

TIB. ¿Dicesme a mí esa razón?

FEL. Luego, ¿no te persuades?

TIB. Yo bien creo que don Juan
hará cualquier desatino.

FEL. Los de Belisa imagino
que mayor pena me dan.

Celia a Flora

CEL. En fin, mi vida, ¿que das
en darme celos?

FLO. ¿Quién es?

CEL. ¿Quién es? Luego ¿no lo ves?

FLO. En gracioso engaño estás.

CEL. No la hables, por mi vida.

FLO. ¿A quién no tengo de hablar?

Lisarda a Belisa

BEL. No me osaba declarar,
mas ya no hay cosa que impida

decirte mi pensamiento.

LIS. Sabe Dios lo que he pasado
por haber disimulado
la fuerza de mi tormento.

Felisardo a Tiberio

FEL. ¿Quiéresme dar una mano?

TIB. ¡La mano yo! ¿Para qué?

FEL. No te enojés, pues no fue
el enojarte en mi mano.

TIB. ¡Hola, velas! ¿Qué es aquesto?
Tu voz, Lisarda, y razones
desconozco.

BEL. ¡En qué ocasiones
mi bien, mi vergüenza has puesto!
Dame una mano.

LIS. Y las dos.

FEL. ¿Qué la mano no me das?

TIB. ¡Velas, hola!

Sale Carrillo con una hacha, alumbrando a don Juan

CARR. ¿A dónde vas?

D. JUAN Voy como un loco, por Dios.
¿Qué hacéis todos de este modo?

TIB. Lumbre estamos esperando.

BEL. ¡Con mi madre estaba hablando!
Basta, que lo he dicho todo...

LIS. A mi hija he declarado
que quiero a mi esclavo bien,
y ella me ha dicho también
que tiene el mismo cuidado.

FEL. Basta, que a Tiberio hablaba
y requiebros le decía.

TIB. Lo que entonces no entendía,
pues Lisarda ser pensaba,
era que Pedro, el esclavo,
me estaba diciendo amores.

CEL. ¡Oh noche, madre de errores!
Agora de ver acabo
que dije amores a Flora.

LIS. ¿A qué vienes como griego
a poner a Troya fuego?

D. JUAN Dame mi mujer, señora,
que la tengo de llevar
esta noche donde veas
que, si casarte deseas,
también me quiero casar;
que está más puesto en razón.

LIS. Ve, Flora, y encierra a Zara.

D. JUAN ¿Encerrar?

TIB. Oye y repara...

D. JUAN ¿Quién repara con pasión?

LIS. Tú también, Pedro, con Flora
guarda a Zara.

FEL. Que me place;
porque esto que don Juan hace
es cosa injusta, señora.

D. JUAN ¿Vos también, perro?

FEL. Yo soy
perro desta sola huerta[105],
y mientras guardo la puerta
y por su defensa estoy,
aunque por las tapias sea,
ni entraréis ni cogeréis
la fruta que pretendéis
y ese loco amor desea.
Que tengo sembrada en ella
una tan verde esperanza,
que veréis en mi venganza
lo que pienso hacer por ella.
Si el perro cuando le agravian
no hay dueño de que se acuerde,
vos veréis qué perro os muerde,
porque amor con celos rabia.

Flora y Felisardo lleven a Celia

D. JUAN Dejadme que esta loca desvergüenza
castigue en este bárbaro villano.

TIB. Don Juan, detente y mira que no es justo
que a la sangre, a las canas y al consejo
pierdas respeto.

D. JUAN Yo no he sido viejo.
Tú has sido mozo, y sabes que amor puede
en tierna edad hacer estas locuras.

Y yo no sé de tus obligaciones
el estrecho camino en que me pones.

LIS. No le respondas, déjale por loco.

D. JUAN Dame, madre, mi esposa.

BEL. Aunque he callado,
no me ha faltado, hermano, el sentimiento
debido a semejante atrevimiento.
¿Qué esposa te han de dar?

D. JUAN Zara es mi esposa.

BEL. ¿Zara, una esclava?

D. JUAN Pues que yo la pido,
yo sé quién es.

BEL. Pues si otra cosa sabes
de lo que desta turca[106] saben todos,
procede más discreto; y, como noble,
harás tus diligencias allá fuera.

D. JUAN Si os traigo aquí quien lo que digo os diga,
¿qué me diréis?

TIB. Si alguno, como tenga
crédito, nos dijere el desengaño,
y pareciere justo que te cases
con mujer que en la cara tiene un hierro,
yo mismo quiero dártela esta noche.

D. JUAN Parte, Carrillo, y llama a Eliso. Aguarda,
vamos los dos, que hasta su padre mismo
he de traer aquí.

CARR. Señor, ¿qué intentas?
Mira, por Dios, que tu linaje afrentas.

D. JUAN Infame, ¿acaso quieres que te mate?

CARR. ¿Con esta luz no ves tu disparate?

D. JUAN Amor es luz.

CARR. Confieso; pero mira
que esta hacha alumbra con aquesta cera
y se alimenta della, y luego mira
que volviendo su llama hacia la tierra,
la misma cera por quien esta vive
es de quien muerte y confusión recibe.

D. JUAN ¡Filósofo lacayo! ¡Vive el cielo
que te corte las piernas! Ve delante.

CARR. ¿Qué luz podrá alumbrar a un ciego amante?

Vanse Carrillo y Juan

TIB. Buena ocasión, Lisarda, me parece
para hacer tu fingido casamiento.

LIS. Parte, y harás que Pedro se transforme
en Felisardo, y que a las vistas venga.
Que yo haré que mis hijos se sosieguen.

TIB. Yo voy, que conocerle es imposible
sin clavos, sin virote y en el hábito
bizarro que le tengo prevenido.

Vase Tiberio

LIS. Con este engaño engañaré a Tiberio,
que él piensa que a mis hijos doy castigo,
y es que quiero casarme con un hombre
que solo tiene ya de esclavo el nombre.
¿Sabes dónde fue Tiberio?

BEL. ¿Fue por la Justicia acaso?

LIS. Pues, ¿no sabes que me caso?
¿No has entendido el misterio?

BEL. ¿Tú te casas?

LIS. Esta noche
vendrá a vistas, ya le espero.

BEL. ¿Y quién es?

LIS. Un caballero.
Ya va Tiberio en el coche
para venirse con él.

BEL. ¿Es martelo[107] que nos das?

LIS. ¿Martelo? Ya lo verás,
si no le tengo por él.
Daisme terribles enfados
con vuestros locos antojos,
quereisme sacar los ojos[108]
después que os tengo criados.
Teneisme muy acabada,
tú con hacer melindritos,
comiendo yeso y barritos,
siempre opilada y sangrada[109];
y aquel necio inobediente
con pedir galas, cadenas,
y verter a manos llenas
el oro, que no se cuente,
juego, caballos, rameras,
y agora querer casarse.

Pues todo vino a acabarse,
las burlas se han vuelto veras.
Ya no soy madre mimosa,
ya no lloro ni me acabo;
aunque fuese de un esclavo
será más honesta cosa.
Quiero, pues que moza soy,
tener quien mire por mí.
Hacienda tengo.

BEL. Es así,
pero oídme.

LIS. Oyendo estoy.

BEL. Madre, la mi madre,
quejaisos de mí
que soy melindrosa:
la verdad decís.
Melindres tenía,
con ellos nací,
pero son en mozas
flores en abril.
Mas vos, mi señora,
que podéis decir
en las hidalguías
del nieto del Cid[110];
y que al seis y al siete
(sean siete mil)
os ha entrado el as,
aunque lo encubris[111];
trocáis las edades
y sois lo que fui,
por trocar en galas
la toca y monjil.
Si al ébano negro
que en la frente os vi
ponen ya los tiempos
lazos de marfil[112],
liviandad parece
que os caséis así.
Y antes de casarme,
pensamiento vil,
decís que es venganza.
¡Ay, madre!, advertid

que pues bostezáis,
señal que os dormís[113].
Las flaquezas vuestras
me cargáis a mí.
Tenéis carne y hambre,
buscáis perejil[114].
La yerba del prado
os hizo gruñir;
relinchastes, madre,
oyólo el rocín[115].
No pongáis achaques
al viernes aquí;
beberéis el agua,
pues coméis anís[116].
Queréis compañía,
medrosa vivís,
porque no hay maleta
que esté sin cojín[117].
Aquellos barritos
que decís de mí,
os han opilado,
quereisos morir.
Garabato sois
que al gato decís
con la boca “¡zape!”
con los ojos “¡miz!”[118].
Parecéis hormiga,
la vejez, en fin,
en alada os vuelve,
daréis que reír[119].
Parabién os doy
si ha de ser ansí,
mas miradlo bien
y esto sólo oíd:
si es viejo y sois vieja,
juntaréis allí
dos sierras heladas,
¡qué triste vivir!
Si es mozo y sois vieja,
madre, presumid,
que seréis maroma
como él volatín,

que a pies por momentos
os ha de medir,
para dar mil vueltas
al aire sutil.
Con hacienda vuestra
comerá perdiz,
vestirá de tela
algún serafín.
Haranle su Adonis
diosas de Madrid,
que vuelven peón
el mejor alfil.
Esto os digo al alma,
pero vos a mí,
que a quien quiere hacer,
¿qué sirve decir?

Salen Tiberio y Felisardo muy galán, quitado virote y clavos

- TIB. Seguro podéis entrar,
que a mí me han dado licencia.
- FEL. Aún no me atrevo a llegar.
- TIB. Pero entrad con advertencia
de que os habéis de llamar
Felisardo.
- FEL. ¡Extraña cosa!
Mi propio nombre me dice
que me llame.
- LIS. Aquí es forzosa
la paciencia.
- BEL. Esto desdice
a tu opinión generosa.
Viéndolo estoy, y no creo
que te casas.
- TIB. Ya ha venido
tu esposo.
- BEL. ¡Cielos!, ¿qué veo?
¿No es este Pedro?
- FEL. Aunque he sido
guiado de mi deseo,
quiero decir que mi amor
trujo ese raro valor.
- LIS. Mil veces seáis bienvenido,

que yo la dichosa he sido
en mereceros, señor.

TIB. Siéntense los desposados.

BEL. Tiberio.

TIB. ¿Qué es lo que quieres?

BEL. ¿Es verdad que están casados?

TIB. Casados, no, no te alteres,
mas pienso que concertados.

BE: Pues ¿este no es Pedro?

TIB. ¿Quién?

BEL. Pedro, el esclavo de casa.

TIB. ¿Estás loca?

BEL. Y tú también.

¿Cómo con Pedro se casa
mi madre?

TIB. Míralo bien,
que aqueste es un caballero
que se llama Felisardo.

BEL. Mirarle despacio quiero.
Él es sin duda, ¿qué aguardo?

TIB. Mírale mejor primero,
que Pedro es esclavo herrado
en el rostro.

BEL. Dices bien.
Mucho me has desengañado,
aunque puede ser también
que se los haya quitado.

TIB. ¿Cómo, si en la carne están?
Mira que eso es locura,
y que por tal te tendrán.

Salen Flora y Carrillo

FLO. Así Dios me dé ventura
como es el novio galán.

CARR. No he visto en toda mi vida
cara a la de nuestro esclavo
tan propia y tan parecida.

BEL. Flora.

FLO. Señora...

BEL. Hoy acabo
esta paciencia ofendida.
¿Este no es Pedro?

FLO. Señora,
 mucho le parece.
BEL. Flora,
 ve a llamar a Pedro luego.
FLO. Verá que este es Pedro un ciego.
 Pienso que tu madre adora
 la gallardía y valor
 deste esclavo, y que te engaña.
BEL. Perro, si te tiene amor
 mi madre, y tan loca hazaña
 cabe en su perdido honor,
 no pienses que has de afrentar
 mi sangre: que a mí me toca
 matarte. ¡Dadme lugar!
FEL. ¿Qué es esto?
LIS. Una hija loca,
 que hoy no se pudo encerrar.
 ¡Hola!, llevadla de aquí.
BEL. Yo no soy loca, tú sí,
 que con un perro te casas.
FEL. ¡Qué lástima!
BEL. Mucha pasas
 haciendo burla de mí.

Sale Celia muy bravamente vestida, con un escudero y manto

CEL. Pienso que a buen tiempo vengo.
TIB. Esta dama es la madrina.
FEL. Guardado este asiento os tengo;
 aunque por prenda divina
 más el del alma os prevengo.
LIS. Aquí, señora, os sentad.
BEL. ¿Esta no es Zara, la esclava?
 Pues, perra...
TIB. ¡Esa loca atad!
CEL. ¿Quién es señora tan brava?
LIS. No la escuchéis, perdonad;
 que de puro melindrosa
 le dan estos accidentes.
BEL. ¿Esta no es Zara? ¿Hay tal cosa?
 Pues Zara, ¿por qué consientes,
 siendo tú de Pedro esposa,
 que con mi madre se case?

CEL. ¿Que de melindres perdió
el seso?

BEL. ¡Que aquesto pase!
No sería mujer yo,
si dellos no me vengase.
Perros, ¿qué es esto?

FEL. Criados,
tened esa loca allá.

BEL. ¿Mi madre y Pedro casados?

Salen don Juan y Prudencio, padre de Celia, Eliso y la Justicia

D. JUAN La casa de boda está;
entrad, seréis embozados.

FEL. Tápate, Celia, ¡ay de mí!
Tu padre viene por ti.

ELISO ¿Adónde está Felisardo?

FEL. Eliso es este, ¿qué aguardo?

ALGUA. ¿Quién es Felisardo aquí?

FEL. Yo soy. ¿Qué es lo que queréis?

ALGUA. ¿Es este?

ELISO El mismo.

FEL. ¿Tú, Eliso,
traes la Justicia?

ELISO. Y es justo
castigo de un falso amigo.

FEL. ¿Yo falso?

ELISO Pues, ¿no se ve
si habiendo yo pretendido
a Belisa por mujer,
te casas, como se ha dicho,
y como se ve en el traje?

FEL. ¿Yo?

ELISO Pues ¿quién sino tú mismo?
Y para más desengaño
de tu traición, ¿no es indicio
haberte dejado en forma
de esclavo, herrado y vendido,
para que no te prendiesen
por el pasado delito,
y hallarte en traje de novio,
tan galán, vistoso y rico?

FEL. Si hallaras que eso es verdad,

por el tiro te permito
que la espada que me mate
saques de mis propios tiros.

BEL. ¿Por qué niegas, Felisardo
lo que ha de ser como ha sido?
Conmigo estás ya casado,
hoy te has casado conmigo.

FEL. ¿Yo contigo?

BEL. Luego, ¿no?
Flora y Carrillo lo han visto.

ELISO Pues, ¿cómo, villano, niegas
lo que han visto dos testigos?

LIS. Esos no dicen verdad,
que Belisa lo ha fingido
de envidia de que es mi esposo.
Y así te la doy, Eliso,
para que tu esposa sea,
porque Felisardo es mío.

Celia se descubre

CEL. Quedo, señoras, que yo
le tengo por mi marido.
Yo soy la propia mujer,
y él lo diga.

FEL. Así lo digo.

PRU. ¿Es Celia?

D. JUAN La misma es.

PRU. Pues, don Juan, perdón os pido
de la palabra que os di.

D. JUAN Todo el sentimiento mío
se templa, en viendo burladas
mi madre y mi hermana. Y digo
pues Eliso es caballero,
que a Belisa le suplico
le dé la mano.

BEL. Eso es justo.
Perdón del desdén os pido,
y a Celia del tratamiento.
Que a Felisardo, pues vino
hoy al fin de su deseo,
ya no sentirá el castigo.
Y si prisión ha de haber,

quiero servirle y serviros
con mi hacienda.

ALGUA. Ya, señores,
aquel caballero herido
está bueno. Solo resta
hacer a los dos amigos.

FEL. Vaya Tiberio y negocie
que venga a sernos padrino.

TIB. Él vendrá, y yo lo seré
de Flora y del buen Carrillo.

LIS. Y yo, pues no me he casado,
dando a servirles principio
doy fin.

BEL. Si es a mis melindres,
senado, perdón os pido.

[92] Confite de mana: algún tipo de caramelo o dulce que no identifico.

[93] Pastor de algunos textos literarios, caracterizado como rudo.

[94] Pigmalión: personaje mítico, que se enamoró de una escultura femenina, obra de sus manos, que se convirtió en mujer de carne y hueso.

[95] Apercibir: preparar, prevenir.

[96] Arador: el parásito que provoca la sarna.

[97] Preparados medicinales a base de piedras preciosas.

[98] Traje estrecho, atacado por detrás; muy usado para los niños.

[99] Gran Bestia: se pensaba que sus uñas tenían poder curativo.

[100] Violento: aquí, violentado, a la fuerza.

[101] Tormento consistente en untar de grasa ardiente el cuerpo.

[102] El Nuncio era el hospital de dementes de Toledo, fundado en 1483 por el nuncio Francisco Ortiz.

[103] Para dar gracias por su restablecimiento. Se establece analogía con las misas “de parida”, la primera a la que asisten las madres tras dar a luz.

[104] Matar la luz: apagarla.

[105] Juega con la imagen del perro del hortelano (refrán), que inspiró el título y argumento de una famosa comedia de Lope.

[106] Turco vale aquí lo mismo que moro o mahometano.

[107] Martelo: aquí, envidia, celos.

[108] Alusión al refrán: “Cría cuervos y te sacarán los ojos”.

[109] Las sangrías se usaban para múltiples indicaciones. La opilación era mal femenino originado por la ingestión de barro para palidecer la tez.

[110] Alude al antiguo abolengo de la familia materna, que puede remontarse a la época del Cid.

[111] Alude simultáneamente a la edad madura de la madre y a un juego de cartas, que no identifico. Según Barrau es una alusión al juego de cartas llamado “primera”, donde cada carta tiene un valor. Sumadas el seis, el siete y el as arrojan 55 puntos, la edad de Lisarda.

[112] Alusión a las canas.

[113] Metáfora eufemística de las ganas de casar de su madre.

[114] No apuro el simbolismo del perejil.

[115] Imagen animalística, referente a las ansias de Lisarda de ser amada.

[116] Dos motivos que no identifico. Del primero dice Barrau que tiene que ver con el refrán que recoge *Autoridades*: “Achaques al viernes para no le ayunar”.

[117] Barrau da otros pasajes pero no explica en sentido.

- [118] Interjecciones para espantar y atraer a los gatos, respectivamente.
- [119] ¿Referencia al vuelo nupcial de la hormiga, tras el cual pierde las alas?



RIALP

© 2017 de la edición, prólogo y notas por FRANCISCO CROSAS,

© 2017 *by* EDICIONES RIALP, S. A.

Colombia, 63, 28016 Madrid

www.rialp.com

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

ISBN (ebook): 978-84-321-4773-9

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aristóteles
Ética a Nicómaco
(selección)



selección doce mas

RIALP

Ética a Nicómaco

Aristóteles

9788432148545

98 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La *Ética a Nicómaco* es una colección de textos de Aristóteles, destinados a ser leídos y discutidos en el Liceo, su escuela en Atenas. Examina la naturaleza de la virtud y el contenido de muchas de ellas, reflexiona sobre la felicidad, el placer y el dolor, y ofrece sobre todo un excelente tratado sobre la amistad. Esta selección recoge textos que gozan de vigencia universal tanto en el espacio como en el tiempo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER
OBRAS COMPLETAS

— * —

EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR

TEXTOS DE LA PREDICACIÓN ORAL

Edición crítico-histórica
preparada por
LUIS CANO y FRANCISC CASTELLS

INSTITUTO HISTÓRICO
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

RIALP

En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

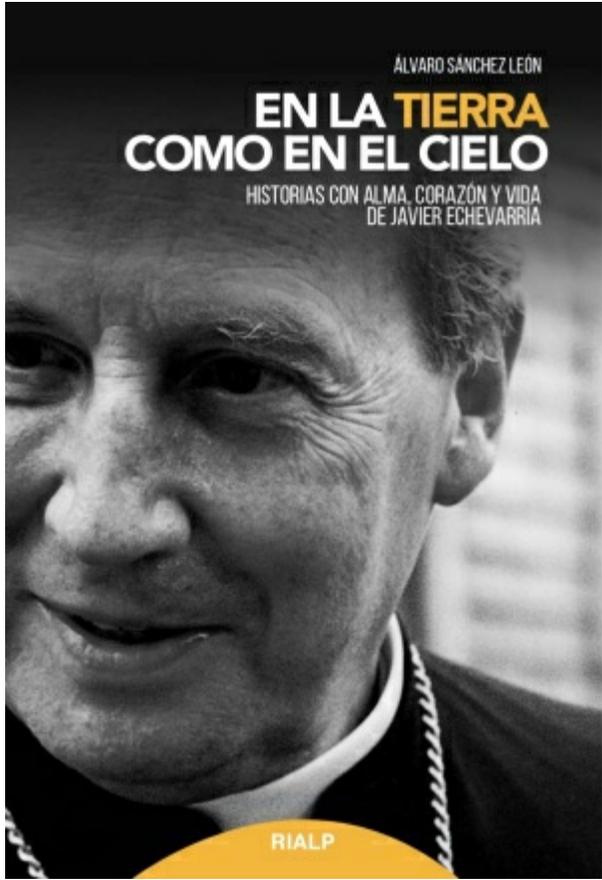
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JACQUES PHILIPPE

*Si conocieras
el don de Dios*
Aprender a recibir



PATMOS
DISCOS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

Si conocieras el don de Dios

Philippe, Jacques

9788432147173

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¡Si conocieras el don de Dios! Así se dirige Jesucristo a la mujer de Samaría, junto al pozo de Sicar. Quien conoce ese don, lo conoce todo. La existencia cristiana no consiste en realizar esfuerzos tensos e inquietos, sino en acoger el don de Dios. El cristianismo no es una religión del esfuerzo, sino de la gracia divina. Ser cristiano no es cumplir una lista de cosas que hay que hacer, sino acoger, mediante la fe, el don que se nos ofrece gratuitamente. Jacques Philippe, con ese telón de fondo, trata así de la apertura al Espíritu Santo, la oración, la libertad interior, la paz de corazón, etc., invitando a los lectores "a anticipar la Pentecostés de amor y misericordia que Dios desea derramar sobre nuestro mundo".

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Los melindres de Belisa	2
Índice	3
Prólogo	4
Comedia de los melindres de Belisa de Lope de Vega Carpio	5
‘Dramatis personae’	6
Jornada primera	7
Jornada segunda	39
Jornada tercera	72
Créditos	105